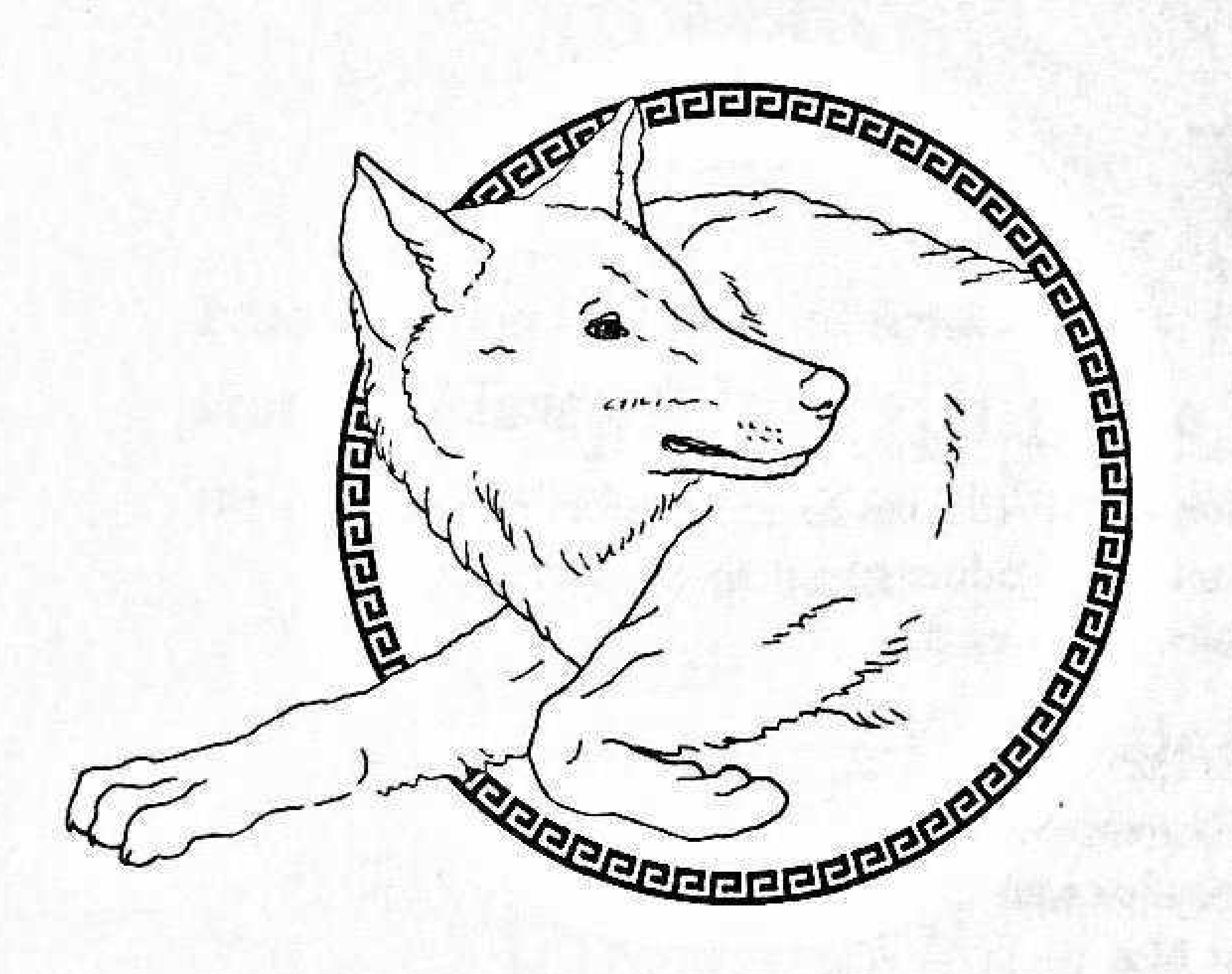
LA FUNDACIÓN DE ROMA



GREDOS

LA FUNDACIÓN DE ROMA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8648-2
Depósito legal: B 4188-2017

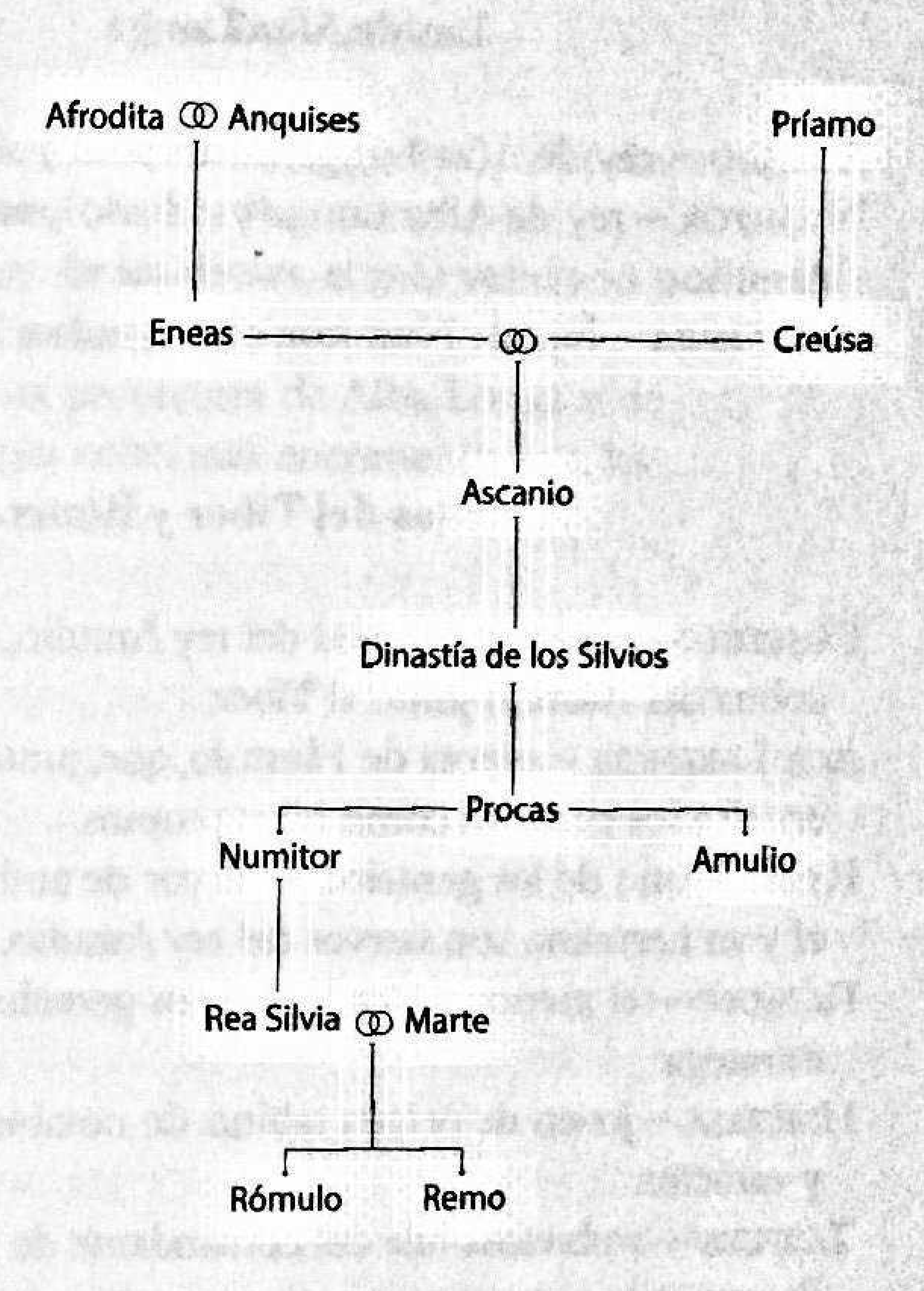
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Había cincelado asimismo tendida sobre el verde
antro de Marte a la loba parida; retozan los dos
niños gemelos, colgados de sus ubres juguetean y
maman de la madre sin temor.*

La Eneida, Virgilio, Libro VIII

GENEALOGÍA DE LA ESTIRPE ROMANA



Dramatis personae

Los de Alba Longa

Amulio – rey de Alba Longa, ambicioso y sin escrúpulos.
Numitor – rey de Alba Longa y odiado por su hermano Amulio.
Rea Silvia – hija de Numitor, consagrada a la diosa Vesta.

A orillas del Tíber y Roma

Fáustulo – siervo y mayoral del rey Amulio, habita en la colina del Palatino junto al Tíber.
Aca Larencia – esposa de Fáustulo, que, junto a este, criará a los gemelos como hijos propios.
Remo – uno de los gemelos, el mayor de ambos; él y su hermano son siervos del rey Amulio.
Rómulo – el menor de los hermanos gemelos, inteligente estratega.
Hersilia – joven de origen sabino, de notable personalidad y carácter.
Tarpeya – ambiciosa hija del comandante de la ciudadela de Roma.
Tito Tacio – rey de los sabinos de la ciudad de Cures, que atacará Roma.

Los inmortales

Marte – dios romano de la guerra, padre de los gemelos Remo y Rómulo.
Júpiter – rey de los dioses, el más venerado por el pueblo romano.
Vesta – diosa protectora de Alba Longa y de Roma, cuyo culto está encomendado a las vírgenes vestales.

1

SACRILEGIO

El rey Amulio permaneció pensativo en su sitial después de ordenar al médico que se retirase. Sobre los escudos de bronce colgados de las paredes se reflejaba el fuego del hogar y su claror alumbraba apenas la viga cumbrera, la que sostenía el entramado de ramas que servía de soporte al tejado de paja. Sacudió sus largos cabellos leoninos al tiempo de levantarse y, acercándose a la lumbre, empujó con el pie uno de los troncos. Lo contempló como si las lenguas rojas y amarillas que lo consumían tuvieran la respuesta a la pregunta que el médico no había podido responder.

—¿Qué te ha dicho? —La voz de su esposa, a quien no había oído acercarse, lo sacó de sus cavilaciones.

—No le han permitido verla —respondió malhumorado—. La Vestal Máxima se ha negado a dejarlo pasar.

—¿Rechazando tu ayuda y tus instrucciones? —La reina enarcaba con incredulidad las cejas.

—Dice que jamás un hombre ha entrado en la casa de las vestales y que Rea Silvia, aunque delicada de salud, recibe todas las atenciones y mejora. Ha rehusado revelar qué mal la aflige.

—Es muy propio de ella no decir nada... —El tono de la reina, aunque calmo, reflejaba despecho—. ¿Acaso espera que permanezcamos indiferentes cuando hace ya tantos meses que tu sobrina no asiste a ninguno de los sacrificios ni a las ceremonias públicas? Hay que poner remedio a esta situación, Amulio.

—Tienes razón. Estoy seguro de que esconden algo.

—Pues no esperemos más. Iré ahora mismo a visitarla. Y te aseguro que no me marcharé sin haber visto a Rea Silvia con mis propios ojos. —Terminaba la reina de decir esto y ya llamaba a voces a sus sirvientas al tiempo que su figura menuda desparecía tras la cortina de lana que servía de puerta a su aposento.

Amulio atravesó la oscura estancia, recibió el saludo de los dos soldados armados que guardaban la puerta y salió a la explanada que rodeaba la regia, la cabaña del rey. Ante él se extendía la ciudad de Alba Longa, alargada y estrecha, encaramada sobre la cima de los montes que aprisionaban al lago Albano. Sus aguas, como el cielo, tenían el color blanquecino de una mañana invernal y las columnas de humo que surgían de los tejados de cientos de cabañas se reflejaban en ellas como pálidas espirales grises. El rey contempló el panorama durante largo rato y respiró hondo.

En los años que llevaba gobernando la ciudad, había cambiado muchas normas. Si antes las puertas de la muralla

permanecían abiertas y sin vigilancia durante todo el día, ahora sus hombres montaban guardia y nadie introducía o sacaba bienes de Alba Longa sin pagar un tributo: vino, miel, lana de oveja, o un puñado de legumbres que engrosaban la riqueza de la despensa real. Desde que había impuesto restricciones para cazar y recoger madera de los bosques, sus campos estaban mejor cultivados que nunca: quien quisiera una carga de leña para alimentar su hogar o acertase a atrapar una liebre, estaba obligado a trabajar una jornada completa en las tierras del rey. Cierto era que la mayoría de sus súbditos no lo amaba, mas ¿qué le importaban a él los afectos de su pueblo mientras contara con el poder monárquico?

Pensó en su hermano. Mientras Numitor había sido rey de Alba Longa, la regia estaba llena de gente que le pedía favores y mercedes; le besaban la mano allá por donde iba, los humildes lo adoraban. ¿Y de qué le sirvió el aprecio del populacho? No le fue difícil despojar a Numitor del trono y ocuparlo él en su lugar. Sonrió, satisfecho de su propia astucia y de su buena suerte. Para redondearla solo faltaba que su esposa regresara de su visita a la casa de las vestales con la noticia que más deseaba oír: que la hija de Numitor se moría sin remedio. Entonces, con su hermano privado de toda descendencia, disfrutaría más tranquilo de su gobierno sobre esa ciudad fundada por sus ancestros troyanos. Pocos monarcas podían afirmar que su casa reinaba en una urbe, ininterrumpidamente, desde su fundación, pues los dioses rara vez concedían tal privilegio a una sola familia. De ello se enorgullecían los Silvios y esta era una de las razones por las que gozaban de tanto prestigio en el Lacio. Amulio

ansiaba conservar en exclusiva, para sí mismo y para sus propios herederos, ese enorme caudal de poder y de honor.

◇◇◇

Una de las sirvientas que molía grano en la puerta de la casa de las vestales dejó a un lado la maza del mortero, entró en la cabaña y llamó a la Vestal Máxima.

—La reina viene hacia aquí —dijo con el espanto pintado en su rostro.

—Vuelve a tu sitio y sigue con tu tarea. —La anciana dio varias palmadas para llamar la atención del resto de habitantes de la casa—. Avisad a Rea Silvia. Y recordad: no digáis ni una palabra, salvo que os pregunte.

Una joven le tendió su velo anaranjado, la ayudó a colocárselo y le arregló la caída por la espalda. Una vez estuvo lista, la Vestal Máxima salió a la puerta para recibir a la esposa del rey Amulio. Esta, ataviada con un manto de lana de color púrpura, avanzaba por la vía que recorría Alba Longa de un extremo a otro. Un par de soldados le abrían paso, mientras los niños corrían y gritaban alertando a los vecinos. Seguida por cuatro siervas, la soberana saludaba con la cabeza a los albanos que se acercaban al grupo a curiosear. Se desvió para recorrer el breve tramo de tierra batida que conducía a la casa de las vestales y al santuario de Vesta. Erguida delante del umbral, la sacerdotisa hizo una leve inclinación de cabeza y esperó. Solo después de que la reina, a regañadientes, se hubiera inclinado para besarle el borde de la túnica, se apartó y le ofreció entrar.

—Estoy muy preocupada por mi sobrina, Vestal Máxima —dijo la soberana a modo de saludo mientras se despojaba de su manto, tomaba asiento junto al fuego del hogar e inspeccionaba toda la sala. Detuvo la vista en uno de los telares—. ¡Espero que no la hayas obligado a tejer tan cerca de la puerta! Las corrientes de aire son malísimas y Rea Silvia siempre ha sido muy delicada. O quizá la hayan enfermado esas largas sesiones vigilando que no se apague el fuego sagrado de Vesta ¡No sé qué sería de Alba Longa si descuidarais la dedicación a nuestra diosa protectora! Quiero verla.

—Lo siento, señora, solo las vestales podemos acceder al santuario...

—Me refiero a Rea Silvia —interrumpió la reina, poniéndose en pie con una afable sonrisa—. Lo menos que puedo hacer es brindarle mi consuelo.

Durante un largo instante solo se oyó el crepitar del fuego. La Vestal Máxima se levantó y se dirigió hacia el último de los cinco vanos que daban al salón. Apartó la cortina y la mantuvo alzada para que pasase la reina. El interior era un espacio angosto y oscuro. A la escasa luz que entraba desde el salón, se fue perfilando, ceñido a la pared, un lecho hacia el cual se inclinó la anciana sacerdotisa.

—Rea Silvia, ha venido a visitarte la reina. —Luego se irguió y aclaró en voz baja a su visitante—: Está adormilada. Nuestra sanadora le recomienda que descanse mucho y le administra unas infusiones a tal fin.

Del camastro surgió un gemido y un leve movimiento. Tumbada de lado y de espaldas a la puerta, la joven volvió su rostro hacia la Vestal Máxima y la esposa de Amulio. Esta, que se había puesto una mano delante de la nariz y la boca antes de entrar, la retiraba poco a poco y olfateaba el aire. No olía a cataplasmas, ni a putrefacción, ni a lugar cerrado. Escrutó el rostro de Rea Silvia. Parecía ojerosa. Sin embargo, llevaba el cabello

cuidadosamente peinado con las seis trenzas de las vestales y uno de sus brazos, que asomaba sobre la ropa de la cama, no revelaba precisamente delgadez. Su sobrina estaba lejos de parecer enferma. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo allí? La aguda inteligencia de la reina trabajaba deprisa. Se agachó un poco hacia la joven y le colocó la mano sobre la frente tibia.

—¡Esta criatura está ardiendo! —exclamó—. Vestal Máxima, que traigan una jarra de agua y paños, hay que bajarle la fiebre.

Desconcertada, la anciana abandonó la estancia y repitió a voces la petición. Una de las siervas llegó enseguida con la jarra y se la entregó a la reina, quien, con la misma premura, solicitó que trajeran luz. Salió la joven y, en ese mismo instante, la reina, vertió la jarra entera sobre la cabeza de Rea Silvia. Esta se incorporó de un salto. La brusquedad del movimiento hizo que quedase en evidencia lo que la vestal trataba de ocultar: un vientre hinchado, voluminoso, más imponente aún en la estrechez de la estancia. Era el vientre de una mujer a punto de ser madre.

—Así que se trataba de esto…

El susurro de la reina rebosaba un odio salvaje y se mezclaba con una cruel euforia difícil de disimular. Su mirada danzaba desde el vientre a los ojos aterrorizados de Rea Silvia.

Salió del aposento, cogió su manto púrpura y, dejando ante el umbral a dos de sus siervas con órdenes de no moverse de allí, abandonó la casa de las vestales sin despedirse siquiera.

◇◇◇

La primera claridad del día entraba por los respiraderos del techo. Reinaba la confusión entre los consejeros, que, convocados al amanecer por el monarca, desconocían los motivos de tanta urgencia. Algunos, en pie, se frotaban las manos y se las calentaban acercándolas al fuego; otros charlaban en voz baja. La llegada de Numitor, el hermano del rey, más delgado y ojeroso que nunca, interrumpió las conversaciones. Mas enseguida hizo su aparición Amulio, quien se dirigió a toda prisa a su sitial y se sentó. Con un gesto de su mano invitó a los demás a hacer lo mismo en unos escabeles colocados en semicírculo delante de él. Una profunda arruga le fruncía el ceño y sus labios, contraídos en un rictus de disgusto, parecían una cicatriz.

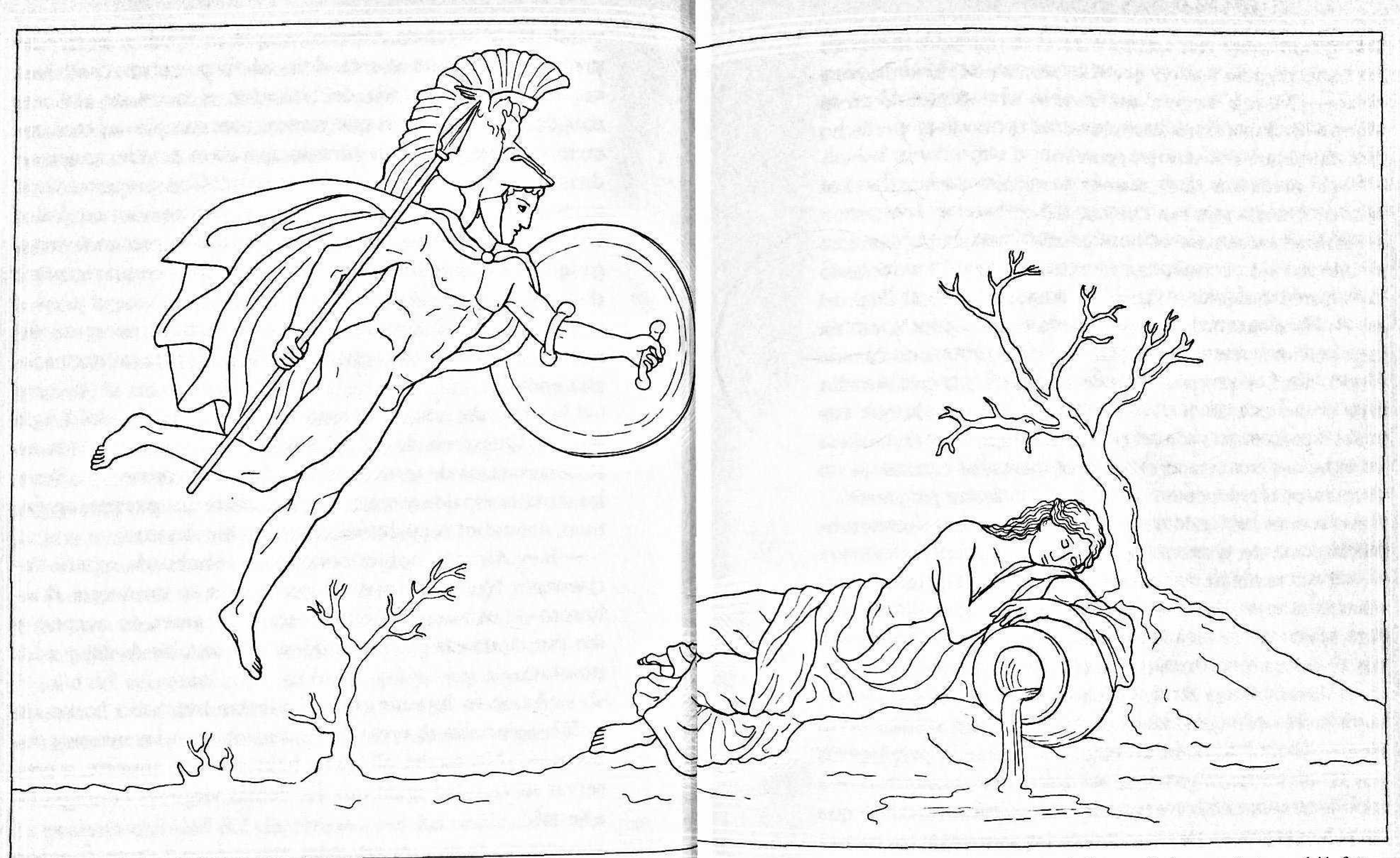
—Lo que debo comunicaros es muy grave —empezó sin más preámbulos—. La vestal Rea Silvia, hija de mi hermano, está encinta.

Un grito de estupor acogió la noticia. ¡Sacrilegio! Urgía actuar. ¿Qué sería de Alba Longa y de sus habitantes si no se desagraviaba de inmediato a la diosa? Su protectora, Vesta, les daría la espalda y sobre ellos se abatirían guerras, epidemias, incendios o cualquier otro terrible desastre.

—Rey Amulio, nobles consejeros —hubo de repetir varias veces Numitor antes de que su voz se impusiera al alboroto—, os ruego que me escuchéis antes de aceptar y dar por cierta esa palabra maldita, odiosa a los dioses y a los hombres.

—¿Acaso tu hija no tiene el vientre hinchado como un orde? —Amulio se revolvió en su sitial con las manos crispadas—. ¿No estaba obligada, bajo pena de muerte, a preservar su castidad igual que las demás vírgenes consagradas a Vesta?

—No lo niego, mi rey. Mas, tratándose de una cuestión de vida o muerte, la prudencia se impone. Os diré lo que he



Rea Silvia aseguraba que un dios había engendrado en su vientre un doble fruto.

averiguado sobre este asunto a través de mi esposa. —Hizo un breve silencio y, al ver que el monarca no se oponía, continuó—. Mi hija asegura que un dios ha engendrado en su vientre un doble fruto. Ese mismo ser divino le ha predicho que alumbrará dos varones gemelos.

—¿Y pretendes que creamos semejante patraña? —Los ojos de Amulio echaban chispas.

—Mirad ese escudo. —Numitor señaló con el índice un rico escudo redondo, ornado con abundantes relieves, que, colgado de la pared, ocupaba el lugar más relevante junto al sitial del rey—. Hace cuatrocientos años que lo conservamos como un bien precioso, pues como tal lo trajo consigo Ascanio cuando fundó Alba Longa y la dinastía de los Silvios, a la cual, Amulio, tú y yo pertenecemos. ¿Hace falta que os recuerde que este era el escudo de su padre, el príncipe troyano Eneas? ¿Cuántas veces hemos examinado, sin comprenderlas, las escenas que lo decoran, pues representan las glorias de su futura progenie?

—Estamos hablando de Rea Silvia, Numitor —interrumpió, impaciente, el monarca.

—Y yo también, Amulio. Si ahora invoco el nombre de nuestro antepasado Eneas, padre del pueblo latino, no es para ufanarme de que los Silvios seamos descendientes suyos, sino para recordaros que él era hijo de un mortal y de la diosa Venus. ¿Acaso alguien puso en duda que Anquises hubiera yacido con tan altísima diosa y procreara a Eneas en su vientre divino? Si nuestra estirpe fue entonces privilegiada por las divinidades, ¿por qué no habría de elegir un dios a mi hija para engendrar a su progenie? —Numitor dejó que sus palabras calasen en las mentes y los ánimos de los consejeros, cuyos rostros no mostraban ya tanta crispación y, antes

de que se diluyera su efecto, añadió—: Os advierto contra el peligro de tomar decisiones precipitadas.

—¡Tu hija ha ofendido a Vesta!

—Si la matas sin reflexionar, Amulio, quizá ofendas a una deidad mucho más poderosa —replicó Numitor, cuyo rostro se había encendido en el calor de la discusión. Muchos consejeros asentían—. Mi propuesta es que aplaces tu decisión, que no te pronuncies aún sobre el castigo a Rea Silvia. Solamente te pido un poco de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué? —Los ojos del soberano echaban chispas y sus miradas a los consejeros estaban cargadas de ira.

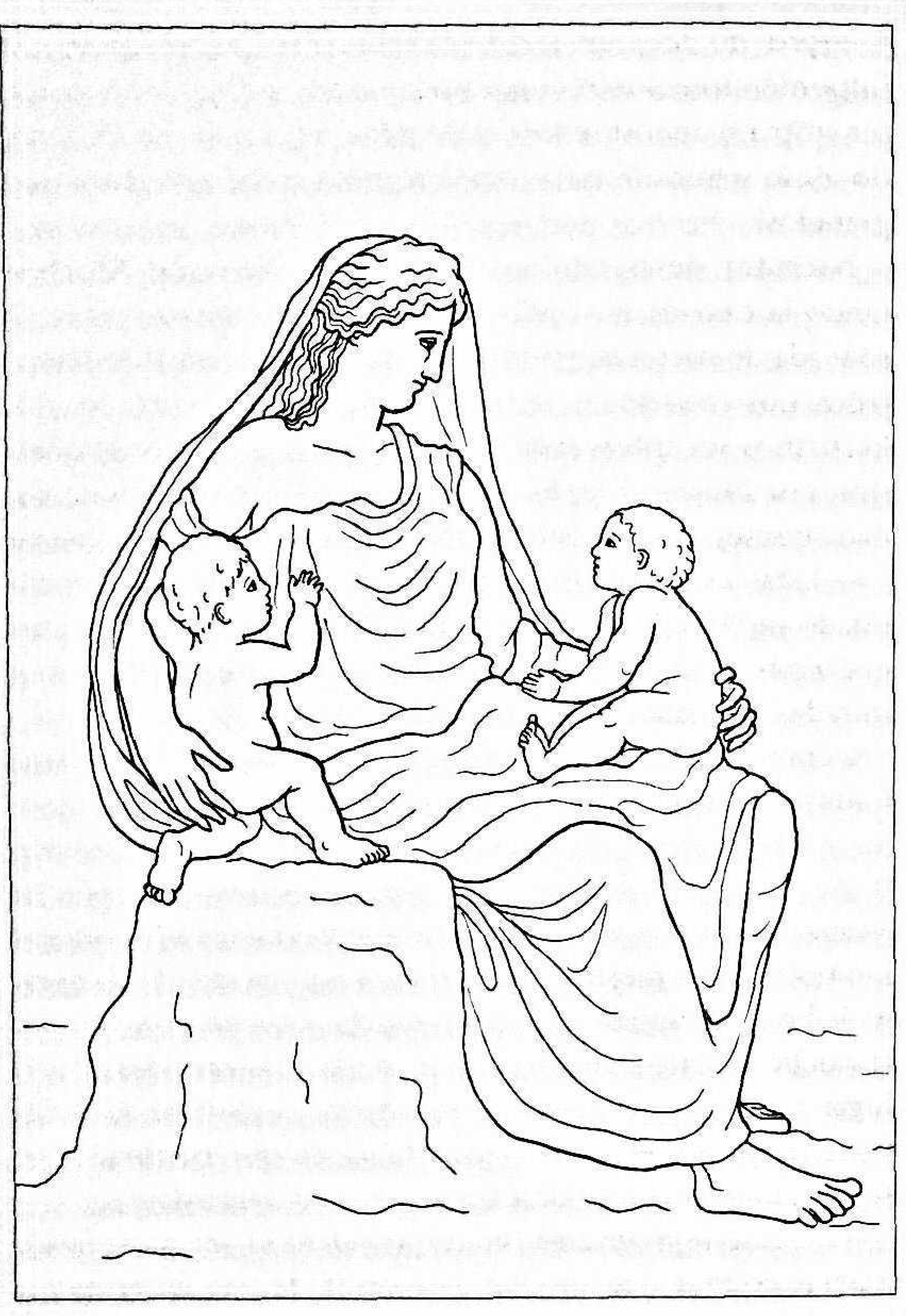
—Para que dé a luz. Mantén hasta entonces la vigilancia sobre ella —respondió Numitor—. De producirse el prodigio de un parto doble, como le ha vaticinado el dios, quedará demostrado que Rea Silvia ha dicho la verdad. Yo creo en la inocencia de mi hija.

Se entabló entonces una tensa discusión. Muchos consejeros apoyaban la petición de Numitor mientras que otros, dándose cuenta de la irritación de Amulio y queriendo congraciarse con él, abogaban por una ejecución inmediata de la vestal, según las costumbres ancestrales albanas. En ese momento irrumpieron en el salón dos siervos que colocaron a los pies del rey un cesto de mimbre adornado con dos franjas de color púrpura.

—La vestal Rea Silvia acaba de parir —anunciaron.

En medio de la agitación, la tela que cubría el cesto se movió y estalló el llanto agudo de un recién nacido al que, casi enseguida, se sumaron los vagidos de otra criatura.

—¡Son gemelos! —Numitor apartó el manto para mostrarlos—. ¿Qué más pruebas queréis de la inocencia de mi hija? ¡Ha alumbrado a los hijos de un dios!



La vestal Rea Silvia acababa de alumbrar a los dos hijos de un dios.

—¡Yo no lo creo así! —exclamó, enfurecido, Amulio, imponiéndose sobre el alboroto—. Tu hija ha demostrado ser impía y mentirosa. ¡Quién sabe de dónde habrá sacado a ese segundo niño para hacernos creer que ha parido gemelos!

Numitor, desesperado, apelaba a la evidencia de que, estando la casa de las vestales vigilada por esbirros y su hija rodeada de parteras, era imposible tramar un engaño semejante. Los consejeros presenciaban la disputa entre los dos hermanos sin intervenir. Muchos de ellos sentían compasión por Numitor, pues la voluntad del rey era evidente y nada conseguiría torcerla. Amulio entonces se puso en pie.

—Estas criaturas serán llevadas en secreto al límite habitado de Alba Longa y arrojadas al río. De la sacrílega me encargaré más tarde. Y a vosotros —se dirigió con voz y mirada durísima a los consejeros y a su hermano, cuya palidez era mortal—, os prohíbo volver a hablar de este asunto. Cúmplase mi designio de inmediato.

◇◇◇

Avanzaba la tarde y el frío y la humedad calaban los huesos. De no llevar semejante encargo, los dos criados de Amulio se habrían detenido por el camino a calentarse y a pasar la noche en la cabaña de alguno de los pastores del rey, en lugar de esquivarlos para no ser vistos. Por suerte, las criaturas, quizá por el movimiento del cesto que transportaban sujetándolo cada uno de un asa, no habían llorado.

Ya desde lejos oyeron el rugido del río. El puñado de ásperas colinas que surgían a la orilla del río Tíber parecían islas en medio de un mar de agua fangosa, troncos

arrancados de cuajo, animales muertos. Una riada lo había anegado todo, incluso el estrecho valle por el que discurría el camino y separaba dos colinas: la del Aventino, que quedaba solitaria a su izquierda, y la del Palatino, a la derecha. Por allí sería imposible llegar hasta la corriente principal. Tuvieron que rodear esta última colina para acercarse al cauce por un valle lateral, que conducía justo al punto donde el río trazaba una curva y el volumen de agua estancada era menor. Penetraron en ella, dejaron en la superficie la cesta que contenía a los recién nacidos y la empujaron con una vara hacia el centro, donde la corriente fluía con fuerza. Cumplida su misión, los siervos de Amulio emprendieron el regreso a sus hogares.

Las aguas, impetuosas al principio, se aquietaron al recibir en su seno el cesto de color púrpura. Bramaba la corriente principal, mas no lograba atrapar a la frágil barquichuela que, empujada de un lado a otro por las ondas más cercanas a la orilla, ora giraba en vertiginosas espirales, ora se frenaba por las ramas de un matorral sumergido y cabeceaba mansamente. Poco a poco descendía el nivel de la inundación. Al caer la tarde, una última oleada empujó el cesto hacia la ladera del Palatino, donde chocó contra una higuera silvestre y volcó por el impacto. Las dos criaturas cayeron en el lodo y empezaron a llorar. Aunque agudo, su llanto era apenas audible por el fuerte rumor de la riada, más resonante aún en aquellas soledades. Hambrientos y ateridos de frío los encontró la noche. De pronto, se oyeron roces cautelosos y una oscura figura se movió cerca de la higuera. Un morro hirsuto olfateó a las criaturas, se apartó y, avanzando unos pasos, abrevó en el río. Volvió atrás. Olisqueó

de nuevo y empujó con el hocico a uno de los pequeños, que había caído de lado, para ponerlo boca arriba. Luego, se tumbó junto a ellos y les ofreció sus ubres, rebosantes de leche. Mientras los gemelos mamaban ansiosos, la lengua de la loba les limpiaba el fango.

2

Revelación

Una opresión en el pecho despertó a Aca Larencia antes del alba. Avivó el fuego del hogar y puso a hervir las coles. Deseó que el tiempo pasara más deprisa. Varias veces miró por el ventanuco para ver si había amanecido ya. Esos días tan cortos y esa oscuridad interminable le producían una gran desazón. Más ese año. Tenía un mal presagio. Sabía que algo iba a ocurrir, se lo decía su cuerpo, revuelto desde que empezó el invierno. Fáustulo se daba cuenta de sus aprensiones y callaba. También él tenía las suyas. Los gemelos acababan de cumplir diecisiete años y en la próxima fiesta de los lupercos serían admitidos entre los adultos. ¿Qué pasaría entonces?, pensaba la anciana. Miró hacia el revoltijo de pieles donde descansaba su marido. Hace unos años se habría levantado ya, pero estaba viejo. Ambos eran viejos.

Se echó sobre los hombros una piel de oveja, abrió la puerta de la cabaña y salió. Hacia el sudeste, la pálida luz del ama-

necer perfilaba los contornos de los montes Albanos, donde se hallaba la ciudad de Alba Longa. Se le antojaba lejana. Sin embargo, solo se encontraba a medio día de camino y su marido acudía allí con asiduidad a llevar reses o quesos al rey Amulio y a rendirle cuentas, pues era el mayoral de sus rebaños en el Palatino. Como tal, gozaba de mucho respeto entre los pastores que habitaban en la colina y en sus valles circundantes, pues también estos eran siervos del rey. Llevaban una vida dura, aunque ella no se quejaba. Siempre había sido así.

Su mayor preocupación en los últimos días procedía de un lugar más próximo. Volvió la vista hacia una masa oscura que se erguía a corta distancia, frente a su cabaña. Era la colina del Aventino, separada del Palatino no solo por el valle de Murcia, hondo y estrecho, sino por una enemistad más profunda que una sima, pues en ella habitaban los siervos de Numitor, el hermano del rey. Puesto que las relaciones entre los hermanos no eran buenas, sus siervos procuraban mantenerse alejados para evitar conflictos. Pese a ello, con frecuencia surgían disputas y peleas, sobre todo entre los pastores jóvenes. Todos se veían obligados a recorrer el valle de Murcia para llevar a sus respectivos animales a abrevar al Tíber.

Aca Larencia se apartó dos pasos de la puerta y, asomando un poco la cabeza desde el borde del acantilado, escrutó el valle. Estaba en sombras, como su propio ánimo. Temía que, con sus rebaños en las proximidades, Remo y Rómulo encontraran más motivos y ocasiones que nunca para pelearse con los siervos de Numitor. Se estremeció.

A fin de conjurar sus malos presentimientos, entró de nuevo en su hogar, cogió una tacita con unas gotas de leche y volvió a salir. Se arrodilló en la parte exterior del umbral,

donde estaba enterrado su último hijo, muerto a las pocas horas de nacer, y vertió la leche sobre su tumba. «Tú, que con tu nacimiento me diste leche para amamantar a los gemelos, protégelos», dijo.

◇◇◇

Al pie del Palatino, Remo, Rómulo y sus respectivos compañeros, vigilaban el centro del valle de Murcia. Se trataba de un rectángulo plano, poblado de arbustos y cerrado al fondo por las aguas del Tíber. Sus lados más largos quedaban encajonados por las empinadas laderas del Palatino y del Aventino.

Esperaban con paciencia. La tarde anterior, unos siervos de Numitor, sus rivales más odiados, habían intentado robarles una oveja y ahora ellos pretendían resarcirse de esa ofensa quitándoles a su vez una cabra. Para el ataque formarían dos grupos que competirían entre sí, uno encabezado por Remo y otro por Rómulo. Verían cuál de ellos era más hábil.

Un hato había descendido al valle al amanecer y desde entonces pacía en una zona muy próxima al Aventino. Cuando por fin se marchó el pastor que lo había conducido allí, Remo consideró que había llegado el momento de actuar.

—Será fácil coger una —dijo a sus compañeros. Al instante se levantó y comenzó a gritar y a correr hacia los animales. Las cabras, espantadas, balaban y huían en todas direcciones mientras Remo y los suyos las perseguían correteando cada cual por su lado.

Rómulo, que había dado a sus amigos instrucciones de no moverse hasta su señal, observaba a las reses desde su escondite.

—Atraparemos a aquella de color marrón, la que viene hacia nosotros —sus palabras eran poco más que un susurro—. Nos

acercaremos agachados, sin dejarnos ver, y cuando la tengamos cerca, la rodearemos con los brazos abiertos. Que no encuentre sitio por donde escapar, ¿entendido?

Avanzaron con cuidado y pronto tuvieron acorralada a la cabra. Rómulo se le arrojó al lomo y cayó con ella al suelo. Rápidamente sus compañeros trabaron con cuerdas las cuatro patas del animal mientras lanzaban gritos de júbilo.

Entretanto, alertados por los balidos, varios pastores de Numitor corrían a lo largo del único camino del Aventino que, a media altura, discurría paralelo al valle de Murcia. Se acercaban peligrosamente a la zona por donde Remo trataba de atrapar a un macho blanco. Solo cuando sus voces amenazantes estaban casi por encima de él, se dio cuenta el joven de lo arriesgado de la situación. En lugar de escapar, como habían hecho otras veces, decidió plantar cara y se preparó para defenderse a solas, pues el grupo de sus compañeros se había desperdigado por el valle.

Pronto se oyó el silbido de las piedras. Los de Numitor tenían la ventaja de hallarse a más altura y, además, podían parapetarse tras los espesos arbustos de laurel que jalonaban el camino, mientras que el valle solo ofrecía el refugio de la maleza. Pese a la inferioridad, Remo persistió en su empeño. Sus rubios cabellos ondulaban mientras corría, agachado, de un matojo a otro y acumulaba piedras en su zurrón.

De vez en cuando se ponía de pie, arrojaba una piedra y corría a protegerse tras otro matorral, perseguido por la lluvia de proyectiles que se abatía sobre él desde el Aventino. Uno de sus rivales, especialmente certero, alcanzó a darle en una pierna. Remo lo conocía bien, pues era uno de los que solía llevar el ganado a abrevar en la orilla del río. Sin duda, era el enemigo más peligroso para él. Desde ese momento no lo perdió de vista. Realizó varios lanzamientos seguidos que obligaron a los de Numitor a ocultarse, cambió rápidamente de sitio y esperó.

Tras unos instantes de calma, el pastor de la buena puntería se asomó con precaución y se adelantó hasta el borde del camino en dirección al lugar desde donde había llegado el último ataque, con el brazo en posición y listo para tirar de nuevo. Remo se levantó de pronto y le lanzó una piedra con una fuerza extraordinaria. El proyectil le impactó de lleno en la sien izquierda. Sin un grito ni un gemido, el hombre se desplomó y cayó desmadejado por el terraplén, dándose golpes por todo el cuerpo, hasta llegar al valle.

—¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado! —aullaban los pastores. Uno de ellos se atrevió a bajar por el mismo talud y confirmó a voces que su impresión era cierta: su compañero estaba muerto.

—¡Así aprenderéis a dejarnos en paz! —gritaba a su vez Remo, con los puños en alto y henchido de orgullo, exponiéndose a la ira de sus adversarios.

Todo había ocurrido tan deprisa que cuando Rómulo y sus compañeros se dieron cuenta y acudieron a auxiliar a Remo, aquella muerte ya se había producido. Lanzaron entonces una andanada de piedras contra el Aventino a fin de atraer sobre sí la atención de los hombres de Numitor y darle tiempo a su hermano, que era el foco de todas las iras, para que se retirase hacia el centro del valle. Cuando lo hubieron logrado, retrocedieron hasta quedar fuera del alcance de los proyectiles enemigos.

Ya completamente a salvo, Remo, vuelto de cara al Aventino, se jactaba de su victoria. Enseguida lo rodearon y lo aclamaron sus propios compañeros, y los de Rómulo, pues

había cumplido una hazaña: matar a un hombre en combate era el mayor signo de virilidad. Para ellos, Remo era un auténtico guerrero.

◇◇◇

—¡Os quiero de regreso al mediodía! —gritó Fáustulo desde su asiento, un tocón de roble situado junto a la puerta de su cabaña.

El cuchillo con el que desbastaba una rama se le escapó de la mano y cayó al suelo. Se inclinó a recogerlo y levantó los ojos a tiempo de ver desaparecer las cabezas de los gemelos tras la pequeña elevación que constituía el punto más alto del Palatino. Desde allí descenderían, a través de una pendiente moderada, a la vertiente que recaía a un valle húmedo y abrigado donde pastaban sus bueyes. Si tenían ganas de pelea, más valía que se enfrentasen otra vez con los ladrones que infestaban aquella zona y dejaran en paz a los siervos de Numitor. Había sido un terrible infortunio que Remo matase a uno de sus pastores por una cuestión tan nimia. Él mismo, como mayoral de los rebaños del rey Amulio y máxima autoridad de la colina del Palatino, había tratado de compensar con ganado a la familia del fallecido a fin de restablecer la paz a ambos lados del valle de Murcia. Mas ya fuera por los viejos rencores entre el rey y su hermano Numitor, ya por el encono de los propios pastores, sus propuestas fueron desoídas.

El anciano estaba disgustado con Remo y Rómulo, pero también orgulloso. Luchar, correr, atrapar animales salvajes... todo era poco para sus ímpetus juveniles. Triscaban aquí y allá, incansables, capitaneando a todos los muchachos de su edad, y aun a otros mayores, pues ambos eran muy apreciados y con

frecuencia los pastores recurrían a ellos en demanda de ayuda o para dirimir sus diferencias. Eso era lo malo, que llamaban la atención mucho más de lo que Aca Larencia y él hubieran querido. Más de lo conveniente. ¡Eran tan diferentes de los demás pastores! Jamás en aquellos parajes se había visto a muchachos tan hermosos de cuerpo y rostro, con esa fortaleza, esa gracia natural y esa facilidad de trato que hechizaba a todo el mundo. Sabían mandar y hacerse respetar. Aunque Remo, más arrogante y mucho menos reflexivo que su hermano, desafiaba continuamente a Rómulo, los dos estaban siempre juntos y andaban a la par.

—¿Qué ocurrirá a partir de mañana? —Aca Larencia, de pie al lado de su marido, cruzaba las manos delante del vientre. Fáustulo recordó lo hermosa y fecunda que había sido. Trece hijos trajo al mundo antes de criar a los gemelos.

—Ya serán adultos, Aca. No podremos evitar que vayan a Alba Longa o que actúen como quieran.

—¿Piensas decirles la verdad?

—Cuando se presente una ocasión propicia. —Fáustulo apretaba con más fuerza el cuchillo—. Este no es el momento.

◇◇◇

De las cuatro vertientes de la colina del Palatino, tres de ellas estaban completamente rodeadas por un terraplén natural, boscoso. A partir de la parte superior de ese talud y hasta la cumbre, la ladera se convertía en un peñasco casi tan empinado y desnudo como una pared. Delante de la cabaña de Fáustulo, la antiquísima escalera de Caco, tallada en la roca viva, permitía a los habitantes de la cumbre subir y bajar con rapidez al valle de Murcia por el extremo más próximo al río.

Dando saltos descendieron por ella los gemelos, precedidos por Fáustulo y Aca Larencia, el día de la fiesta. El sol encendía el color rojizo de las rocas y brillaba en la grama del terraplén, al que, poco a poco fueron llegando las demás familias, siervas también del rey Amulio. Se saludaban y buscaban un árbol bajo el cual dejar sus enseres y comida, y luego se acercaban al prado donde crecía una higuera silvestre, a pocos pasos de la cueva Luperca. En el interior de la gruta, donde se veneraba a Fauno, el dios protector de los rebaños y de sus pastores, tendría lugar la ceremonia de iniciación de los jóvenes. Tras ese rito, ya convertidos en adultos, los jóvenes serían consultados cuando la comunidad hubiera de tomar decisiones importantes; podrían oficiar sacrificios hasta entonces vedados para ellos y ser llamados por su señor para combatir, en caso de guerra. No tardarían en casarse.

El sacerdote de Fauno, llevando una cabra adornada con guirnaldas, entró en la cueva seguido por los jóvenes que debían iniciarse, los lupercos. En el exterior se arremolinaba el público. Con arcanos gestos y palabras rituales, el sacerdote sacrificó la cabra y la desolló. Luego cortó su piel en tiras y, tras mojarlas en el agua de la fuente que brotaba al fondo de la gruta, las entregó a los lupercos. Salieron estos a la puerta de la caverna y agitaron en el aire las tiras para asperjar el agua lustral sobre los asistentes.

Mientras el sacerdote extraía del animal sacrificado las entrañas que debían ofrecerse a Fauno y cortaba el resto de la víctima en trozos, sus ayudantes encendieron hogueras en la explanada de hierba. En sus brasas se asaría la carne del banquete ritual de los lupercos con el que concluirían los ritos. Los jóvenes iniciandos, entre tanto, se habían retirado a la parte boscosa del terraplén y competían entre sí con carreras y saltos. El esfuerzo y el sol primaveral los incitó a quitarse la ropa y a ejercitarse completamente desnudos. De pronto, desde la cumbre del Palatino se oyó el silbido de un pastor y un grito:

—¡Remo! ¡Rómulo! ¡Unos bandidos os roban los bueyes!

—¡Seguidme! —gritó Remo a sus amigos corriendo ya hacia el comienzo del valle de Murcia, en dirección a Alba Longa, para cortar la retirada a los ladrones.

—¡Conmigo! —dijo Rómulo, y los suyos tomaron la dirección contraria para enfilar el valle del Velabro a fin de llegar rápidamente al terreno fangoso donde pastaban sus bueyes.

Poco después, un fuerte aroma inundó el prado y la arboleda, pues el sacerdote puso a quemar en un altar las entrañas y la grasa de la cabra, que correspondían al dios Fauno. A escasa distancia, los auxiliares asaban en espetones la carne destinada a los lupercos. Un lejano griterío alertó entonces al público. Jóvenes y niños fueron los primeros en correr y salir al encuentro de las voces. Por entre la arboleda avanzaba Remo, seguido por tres de sus amigos, también lupercos.

—¡Los hemos hecho huir! —vociferaban—. El ganado está a salvo.

Desnudo y sudoroso, con su musculatura perfecta, los cabellos ondulantes cayéndole sobre los hombros y una sonrisa triunfal en los labios, Remo parecía un dios. Avanzaba deprisa y con seguridad, por delante de sus compañeros, y de vez en cuando agitaba los brazos para incitar a los suyos a gritar más fuerte. Los que salían a recibirlo se le unieron y lo acompañaron, entre aclamaciones, hasta la explanada de las hogueras. Irrumpió en ella Remo con desenfado, se acercó al ara donde humeaban las entrañas y, cogiendo un palo del suelo, lo in-

trodujo entre las brasas y sacó, colgando, un trozo de las tripas ofrendadas a Fauno.

—¡Esta carne es para el vencedor! —exclamó. Las agitó un poco en el aire para que se enfriaran y así las mantuvo mientras con la otra mano iba cogiendo los espetones, con la carne a medio cocer, y se los lanzaba a sus compañeros.

Ante el estupor del sacerdote y de cuantos presenciaban la escena, los cuatro jóvenes se sentaron sobre la hierba. Comían la carne medio cruda, se reían y lanzaban los huesos por el aire. Lo habían devorado casi todo cuando llegaron Rómulo y el resto de los lupercos, a quienes recibieron con gritos y burlas.

—¡Comed, comed, que aún queda algo! —se mofaban.

Rendidos tras haber dado la vuelta completa al Palatino, los recién llegados se quedaron inmóviles. En contraste con la alegría de su hermano, el rostro de Rómulo estaba serio. Sus ojos contemplaban, incrédulos, las sobras esparcidas por el suelo, patética muestra de la conducta desatinada de Remo. El sacerdote de Fauno les hizo por fin un gesto para que se le acercaran. Retiró del fuego el último espetón con la carne ya asada, la distribuyó equitativamente entre ellos e hizo una libación de vino para dar comienzo al banquete ritual.

Terminado este último rito, los cabezas de familia y el sacerdote de Fauno se retiraron al interior de la cueva Luperca a fin de deliberar sobre aquellos jóvenes cuyo comportamiento había sido tan irrespetuoso. En la penumbra, apenas atenuada por una tea, el sacerdote resumió la cuestión tras haber escuchado los distintos argumentos expuestos por unos y otros:

—¿Aceptaremos que puedan tomar decisiones que afectan a la comunidad entera aquellos que solo se han preocupado de sí mismos, apoderándose de la comida destinada a todos sus compañeros? —La expresión de su rostro era severa—. Además, han devorado la carne casi cruda, como hacen los animales. No he visto que guardaran el debido respeto a nuestras costumbres. Sé que es duro para ti, Fáustulo, pero dime, ¿cómo va a oficiar ritos sacros aquel que ha cometido semejante impiedad?

La pregunta permaneció durante unos instantes suspendida sobre las cabezas de los asistentes. El constante rumor de la fuente que manaba en el fondo de la cueva subrayaba la sacralidad del lugar.

—Quienes se han comportado de ese modo no han demostrado la madurez suficiente —concluyó el sacerdote—. Tendrán que esperar al próximo año.

◇◇◇

—¿Qué puedo hacer yo, madre? —Los ojos castaños de Rómulo se clavaban en los de Aca Larencia, empañados por las lágrimas—. No quiere hablar conmigo, no quiere volver a casa. Quizá escucharía más a nuestro hermano mayor.

Eso ya lo habían intentado, le dijo ella negando con la cabeza. Desde el día de la fiesta de Fauno, Remo vivía en el encinar del terraplén que recaía al valle de Murcia. Él y sus compañeros se habían construido un refugio con ramas. El gemelo ni siquiera obedecía la autoridad de Fáustulo.

—Tú eres quien mejor lo conoce, Rómulo —insistió la mujer. Le dio varias vueltas a la taza que sostenía entre las manos y, no sin vacilación, añadió—: Has cuidado de él muchas veces.

—¿Y crees que eso le gusta? Él es el mayor, madre. A él le disteis un nombre: Remo. A mí solo me llamasteis Rómulo, «el otro pequeño» —cierto pesar se traslucía en sus palabras, que, sin embargo, eran serenas—. He tratado de contener sus ímpetus cuando lo he visto exponerse a un peligro innecesario, arriesgándome incluso yo mismo, pues sabes que por él haría cualquier cosa, pero Remo siempre se ha considerado superior a mí.

Asentía la mujer con pesadumbre. Remo era orgulloso, no le sería fácil aceptar que Rómulo fuera ya un adulto y que él debiera esperar una año más. Ella amaba a los gemelos por igual y, sin embargo, estaba más pendiente de Remo, cuya despreocupación siempre la había inquietado. En cambio Rómulo, aunque era similar en audacia a su hermano, preveía mejor las consecuencias de sus acciones. Era, además, un muchacho piadoso y el mejor hijo. Desde que aprendió a andar y pudo hacerlo solo, siempre le traía algún don al volver a casa: hierbas olorosas, una piedrecita o la concha vacía de un caracol. Sintió deseos de acariciarle el cabello como cuando era un niño y esa mata de sol iluminaba un rostro alegre y dócil a la caricia y al beso. Levantó la mano para hacerlo, pero se contuvo: quien se sentaba frente a ella conservaba la frescura de la infancia, pero era un hombre.

—No te preocupes, madre. —La mano de Rómulo sujetó la suya y se la llevó a los labios—. Tengo que irme ya a Cenina, pero mañana, cuando regrese, buscaré a mi hermano y lo convenceré para que venga a verte. Quizá contigo se ablande.

Se acabó el caldo de un sorbo, cogió su zurrón y se envolvió en una capa ligera de piel de cabra, pues las mañanas

eran frías aún. Luego, como debía recorrer un camino inseguro, tomó su escudo y su espada y se las sujetó a la espalda con correas antes de salir.

∞

Declinaba la tarde sobre el valle de Murcia. El sol, al ocultarse tras la mole del Aventino, dejaba sus faldas sumidas en una intensa sombra en tanto su claridad alumbraba aún las del Palatino, en la parte de enfrente. De ese contraste se valían los pastores de Numitor para observar a sus adversarios sin ser vistos. Desde hacía varios días vigilaban los movimientos de Remo y sus tres compañeros. Los dejaban acercarse cada vez un poco más sin dar respuesta a sus ruidosas provocaciones y bravatas. Los muchachos buscaban pelea y quizá la tuviesen antes de lo que suponían. Les habían puesto un cebo: una espléndida oveja sujeta con una cuerda entre unos matorrales. No resistirían la tentación de robarla.

—Ahí están. —El emboscado, que junto con otros siete pastores robustos se hallaba apostado detrás de unas rocas que asomaban en la ladera aventina, a poca altura, se llevó el dedo a los labios para imponerles silencio. Sin levantarse, dejó caer una piedra sobre el lomo del animal. La oveja empezó a balar. Remo y los suyos la oyeron desde el centro del valle, se agacharon para observar y así permanecieron un rato.

—¡Vayamos a por la cena! —oyeron gritar a Remo, y poco después percibieron el ruido de sus pisadas al acercarse.

Cayeron sobre ellos desde arriba, como el granizo sobre la tierra. Por efecto de la sorpresa y de la altura, derribaron en un primer momento a los cuatro, pero Remo, tras un breve

forcejeo, se zafó de sus agresores, rodó por el suelo y se puso de pie. Con una fuerza y coraje acrecentados por la ira, agachó la cabeza, arremetió contra el vientre de su atacante más cercano y lo tumbó. Se lanzó entonces contra dos que golpeaban a uno de sus amigos, tendido en el suelo y, agarrando a uno por los hombros, lo apartó violentamente y enseguida lanzó sus puños contra la cara del otro. Peleó con denuedo contra varios adversarios hasta que uno de ellos se le montó de un salto sobre la espalda.

—No te librarás de tu castigo —vociferaba a los cuatro vientos, mientras le apretaba los dos brazos alrededor del cuello— ¿Crees que puedes matar a un hombre sin que te cueste nada?

Tras intentar en vano librarse de tal abrazo, Remo se echó hacia atrás con todas sus fuerzas tratando de caer con todo su peso sobre la espalda del otro. Mas dos pastores se le arrojaron a las piernas mientras un cuarto, atacándolo de frente, le golpeaba en la mandíbula y ayudaba a los otros a hacerlo caer boca abajo.

—Tendrás que rendir cuentas ante nuestro amo y ante el tuyo. No serán muy compasivos —le decían mientras dos de ellos le ataban las manos a la espalda y los demás lo cubrían de golpes por todo el cuerpo. Lo hicieron ponerse de pie y se lo llevaron a sus cabañas a empujones. Al resto de los jóvenes, aturdidos y magullados, los dejaron tendidos entre los arbustos.

◇◇◇

Rómulo y sus compañeros regresaban a sus hogares. Como era costumbre, los jóvenes de todos los pueblos vecinos habían acudido a la ciudad de Cenina para oficiar los ritos propiciatorios de la cosecha; era un ritual reservado a quienes

acababan de ser admitidos en la comunidad adulta, pues su juventud y su potencia fecundadora eran los componentes principales de unas ceremonias que habrían de rendir culto a la tierra fértil, rica en toda clase de bienes.

Volvían por el camino de la sal, una senda infestada de bandidos. El preciado producto llegaba en barcas remontando el Tíber, se almacenaba en los depósitos situados en la ladera del Aventino y desde allí era transportado en carros a las tierras del interior. Por eso, cuando Rómulo vio que su padre, agitando el cayado, le salía al encuentro en el punto en que la vía penetraba en el estrecho valle donde pastaban sus bueyes, pensó que lo habían atacado los ladrones. Él y sus acompañantes corrieron hacia él.

—¡Es Remo! —gritó Fáustulo antes de que lo alcanzaran. Y cuando ya tuvo ante sí a Rómulo, añadió, jadeante—: Tienes que ayudarlo, pues se halla en un trance muy difícil, de vida o muerte.

—¿Qué quieres decir, padre? ¿Qué ha pasado?

—Ayer lo capturaron los siervos de Numitor y se lo han llevado al amanecer a Alba Longa. Quieren que sea severamente castigado por la muerte del pastor.

—Entonces no hay tiempo que perder. ¡Voy tras ellos! ¿Cuento con vosotros? —Rómulo se volvió hacia sus amigos y los encontró dispuestos a todo.

—Atiende un momento, hijo. —El anciano tenía el rostro demudado y parecía haber envejecido diez años de repente. Aferrándolo del brazo, se dirigió a los otros jóvenes—: Id a buscar a los demás pastores y que acudan todos al altar del dios Conso. Rómulo se unirá a vosotros enseguida. Necesito hablar a solas con él.

—¿No puedes esperar, padre? —Los ojos inquietos de Rómulo veían alejarse a sus amigos.

—Debe ser ahora. —Había firmeza en la voz del anciano y un rictus de dolor en su boca arrugada—. Tu hermano y tú corréis un gran peligro, mucho más del que puedes imaginar, hijo. —Y tras una breve pausa, añadió—: Aunque no sé si debo llamarte así.

Rómulo quedó desconcertado. Con un gesto, el anciano le señaló una piedra sobre la que se sentaron ambos. Hubo un breve silencio acunado por los mugidos de los bueyes que pastaban entre los matorrales. Frente a ellos se alzaba la esquina nororiental del Palatino, ceñida por dos valles: aquel en el que estaban y el del Velabro, que bajaba hasta en el punto donde el Tíber trazaba un codo y se dirigía al mar.

—Siempre os hemos contado que cuando Remo y tú nacisteis hubo una gran inundación y nos quedamos aislados en la cumbre del Palatino —comenzó a relatar Fáustulo—. Lo que no os dijimos nunca es que no visteis la luz en nuestra cabaña. Una tarde, mientras recogía la piara de cerdos, vi desde allá arriba a dos criados domésticos del rey Amulio dirigirse hacia el codo del río. Me pregunté qué hacían aquí con el río desbordado y el valle cubierto de fango y de charcos. Llevaban un fardo entre los dos, pero no pude distinguir lo que era. Volví a casa y me olvidé de ellos, pues Aca Larencia había parido dos días antes a nuestro último hijo y lo habíamos enterrado a mediodía. Nació débil. Ella pensaba que no podría tener más descendencia.

—Al día siguiente, el agua había bajado bastante y fui a la cueva de Fauno a comprobar si alguna oveja se había refugiado allí. Debajo de la higuera que hay junto a la entrada,

una loba amamantaba a sus cachorros. Me quedé helado. El animal me vio, se levantó despacio y se metió en la gruta dejando a sus crías sin protección. ¿Cuándo se ha visto que una hembra hiciera algo parecido? —El anciano movió la cabeza para subrayar su incredulidad—. Por curiosidad, me acerqué, pero allí, entre el fango, no había lobatos, sino que estabais vosotros, tu hermano y tú. Y también un cesto volcado con franjas púrpuras. Lo enderecé, os metí dentro y subí a casa dando gritos. Aca Larencia casi se vuelve loca de asombro y de alegría. Os limpió y os dio de mamar, pues sus pechos rebosaban de leche. Ella siempre pensó que erais un don de la diosa Fauna.

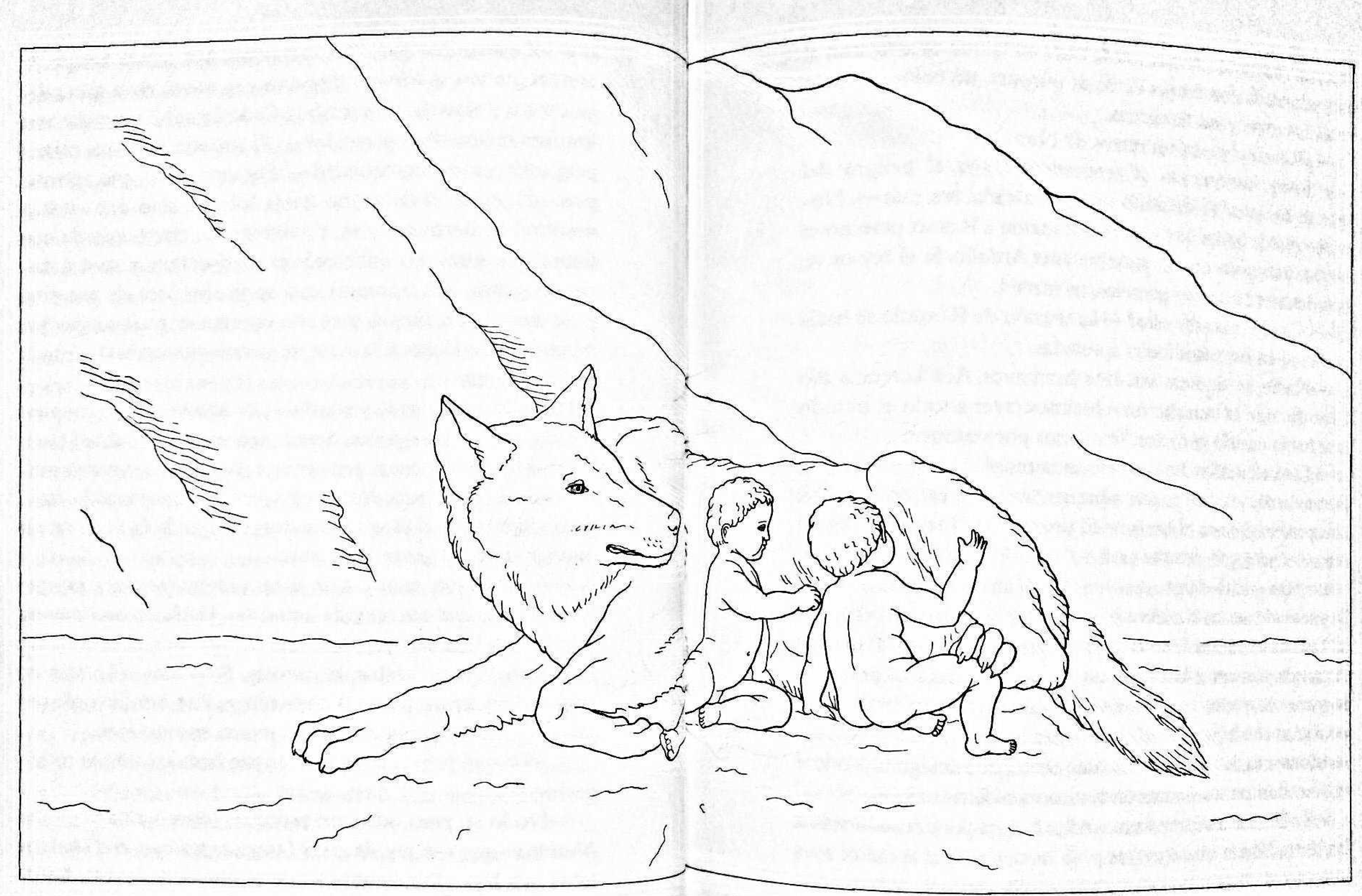
Rómulo, conmovido y aturdido por aquella noticia tan inesperada, abrazó a su padre. Sentía una enorme gratitud hacia Fáustulo y Aca Larencia, pero esta se mezclaba con otros sentimientos: desconcierto, dolor por haber sido abandonado, ira... pero sobre todos ellos se impusieron, enseguida, la angustia y la inquietud por la suerte de Remo.

—Ahora debo marcharme si no quieres perder a uno de los dos hijos que encontraste aquel día. Hablaremos a nuestra vuelta.

—Pero déjame acabar la historia, Rómulo. —La voz de Fáustulo era firme, pese a la emoción—. Fue Amulio quien os mandó matar. ¿Me oyes? El rey Amulio, nuestro amo.

—¿Por qué habría de querer matar Amulio a unos recién nacidos?

—No lo sé, pero odia con todas sus fuerzas a su hermano Numitor, que fue rey de Alba Longa antes que él. Numitor tenía una hija... Por algunos rumores que oí de los criados de la regia en la época de vuestro abandono, creo que ella fue



Debajo de una higuera junto a la cueva, una loba amamantaba a Rómulo y Remo.

vuestra madre. Y, además, está la cesta en la que os arrojaron al río, adornada con franjas de color púrpura, un color que solo usan los reyes y sus familiares.

—¿Remo y yo somos nietos de Numitor?

—Estoy convencido. ¿Comprendes ahora el peligro del que te hablaba? —Fáustulo se agitaba cada vez más—. Numitor puede hacer que sus criados maten a Remo, pero no es menos peligroso que lo presente ante Amulio. Si el rey os ve, o si descubre que sois gemelos, os matará.

—¿Quién más sabe esto? —La tensión de Rómulo se hacía evidente en sus mandíbulas apretadas.

—Nadie, ni siquiera vuestros hermanos. Aca Larencia dio a luz durante la inundación e hicimos creer a todo el mundo que había parido gemelos. Temíamos por vosotros.

—Llegaré a Alba Longa cuanto antes y volveré a casa con Remo sano y salvo, padre, aunque Numitor no crea ni una sola palabra de esta historia. —El joven besó la mano de Fáustulo y echó a correr valle arriba.

—¡Aún guardo la prueba! —gritó el anciano. Pero Rómulo ya no alcanzaba a oírlo.

Tan rápidamente como pudo, Fáustulo regresó a su casa llamando a voces a Aca Larencia. Entre los dos despejaron un montón de pieles y mantos viejos que yacían en un rincón y sacaron de debajo de ellos la cesta con franjas púrpuras. En su momento, la escondieron para proteger a los gemelos y, al mismo tiempo, conservar un testimonio de su origen.

—La llevaré ahora mismo a Alba Longa para enseñársela a Numitor. Tiene que creerme.

3



Hacia los orígenes

Remo jamás había visto tantas cabañas juntas ni tanta gente: niños por todas partes, mujeres que molían o cocían tortas en las puertas de sus casas, labriegos de camino al mercado cargados de bultos. El cielo estaba plomizo. Durante la noche había alimentado una cólera intensa, rabiosa. El haber caído en la trampa tendida por los pastores de Numitor laceraba su orgullo al principio, mas poco a poco se fue convenciendo de que aquella era la única manera en que sus enemigos podían apresarlo. Al amanecer ya había crecido su propia estima y el que hubieran sido necesarios cinco hombres para reducirlo lo embriagaba de euforia y de desprecio hacia sus captores. Si había de morir, como le venían advirtiendo durante todo el camino hasta Alba Longa, lo haría con la cabeza alta. No daría a esos infames la satisfacción de que les pidiera clemencia. Ya se lamentarían después, ellos y el resto del mundo, de haber perdido a un hombre como él. Se irguió aún más.

Algunos desocupados, atraídos por la novedad de un prisionero, se les habían sumado y formaban tras él una comitiva. Llegaron al borde de una amplia explanada en cuyo centro se alzaba una cabaña mayor que las demás. Dos hombres armados custodiaban la entrada. Bastó un empujón para indicarle que debía dirigirse hacia ella.

En la estancia principal, alumbrada por cuatro teas, escaseaba el público. Poco hubo de esperar Remo antes de oír cuchicheos y sentir un nuevo empellón. Sacudió la cabeza hacia atrás para despejarse los mechones que le caían sobre el rostro y avanzó hasta situarse frente a su amo, el rey Amulio. Era un hombre fornido y su espesa cabellera oscura salpicada de hebras blancas le otorgaba una gran majestad. Con un ademán, el soberano invitó a hablar al mayoral de Numitor.

—Solicitamos justicia, rey Amulio.

Manteniendo una expresión impasible, Remo escuchó al mayoral relatar una larga serie de quejas contra él: entorpecía que sus animales se acercasen a abrevar en el río, espantaba a los rebaños, robaba y provocaba a los pastores... Tras una pausa dramática, su acusador añadió:

—Hace unos días mató a un buen hombre, que deja tres huérfanos y una viuda desamparada, un siervo de tu hermano. Juzga tú, rey Amulio, qué castigo merece.

El monarca, que había escuchado los agravios sin prestarles demasiada atención, pues se trataba de las disputas comunes entre los pastores, se incorporó en su asiento al oír esta última denuncia. El muchacho le parecía muy joven.

—¿Es cierta esa acusación? —lo interpeló.

—Sí. Peleamos. Yo fui mejor que él —respondió Remo, que se mostraba firme y no daba señales de temor ante su

amo y soberano—. Con el mismo ardor defiendo tus ovejas y tus bueyes de la rapiña de los ladrones.

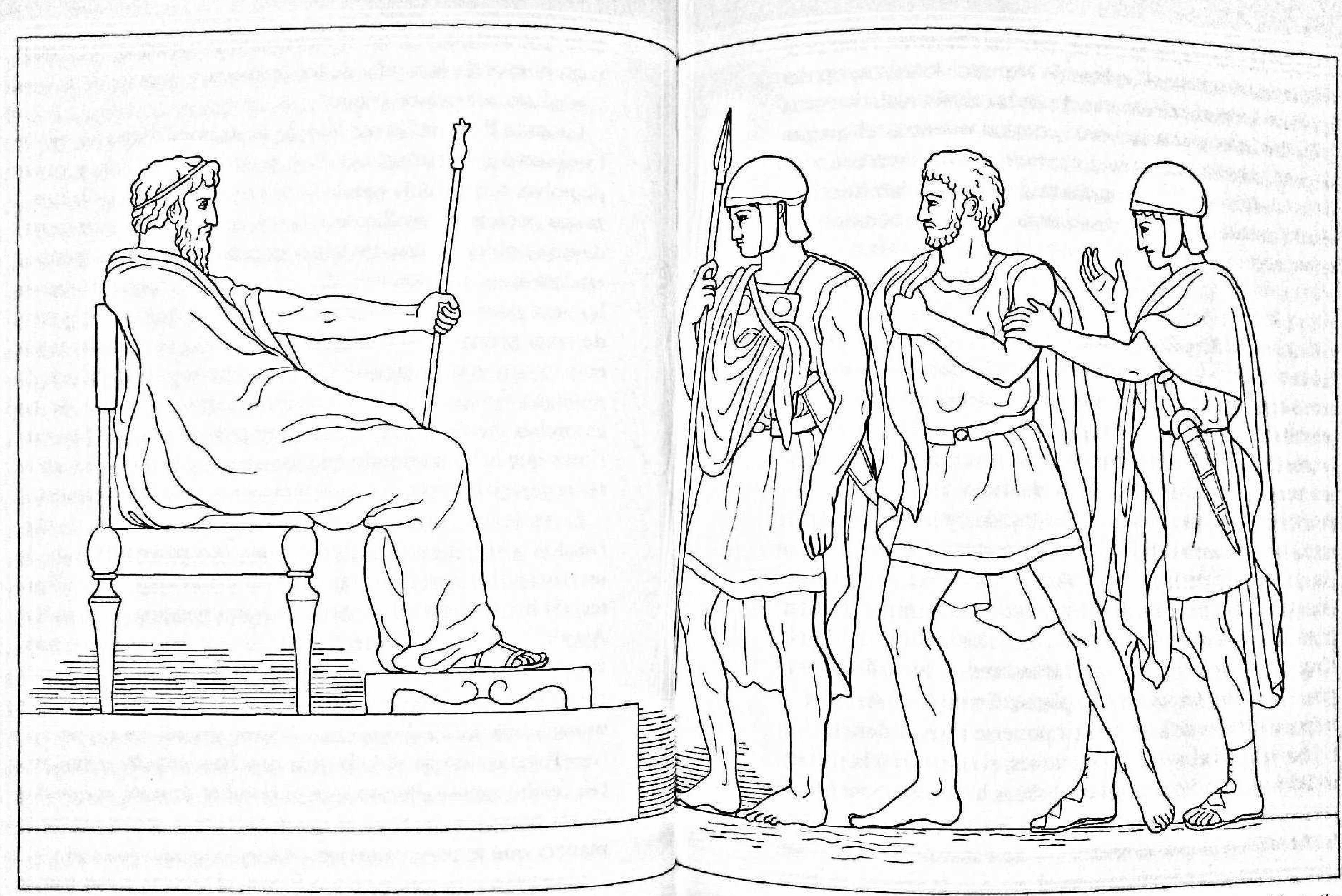
—¿Eres, acaso, siervo mío?

Cuando Remo dijo ser hijo de su mayoral Fáustulo, el rey lo observó con curiosidad. Pese a estar desgreñado y sucio de polvo, como había quedado tras ser reducido por la fuerza, no parecía un malhechor. Sus facciones y su porte eran de una nobleza inusual y tanto su persona como su actitud estaban muy por encima de quienes lo inculpaban. Jamás hubiera pensado que entre sus siervos se hallara un joven de tanta prestancia. No recordaba haberlo visto antes y, sin embargo, el modo en que el muchacho erguía la cabeza le resultaba familiar. Tenía buena musculatura y la luz de las antorchas iluminaba en su rostro unos ojos serenos. Los curiosos que habían entrado con ese grupo y se apiñaban en el salón parecían impresionados, a juzgar por sus bocas abiertas.

El rey le hizo varias preguntas y admiró el aplomo, la claridad y la sencillez de sus respuestas. No parecía el hijo de un pastor. Era raro encontrar siervos tan avispados y valientes. «Si hubiera matado a cualquier otra persona...», maldijo Amulio para sus adentros. Su hermano y él mantenían ante los albanos una apariencia de fraternidad. Resultaría sospechoso mostrar ahora benevolencia con quien perjudicaba a su hacienda y a sus hombres. Clavó su mirada en el reo.

—Pagarás con tu vida la vida que has quitado —sentenció finalmente—. Puesto que el hombre muerto era siervo de mi hermano, que sea él quien ejecute la sentencia de la manera que le parezca mejor.

Con gran entereza escuchó Remo el veredicto, sin torcer el gesto ni pronunciar una sola palabra de súplica. El estupor



Remo escuchó las acusaciones del mayoral mientras el rey observaba sin demasiada atención.

y la admiración de los presentes iban en aumento. Tampoco se inmutó cuando los hombres de Numitor lo agarraron de un brazo y tiraron de él para salir de la cabaña real.

En las calles seguía la febril actividad mientras el grupo se desplazaba en dirección al mercado, en la punta oriental de la ciudad, en cuyas cercanías tenía su casa Numitor. Un criado se había adelantado para avisarlo de lo sucedido y el noble hermano del rey esperaba la llegada del reo.

◇◇◇

De camino a Alba Longa, Rómulo había ideado un plan y había aleccionado a sus hombres sobre lo que convenía hacer. Solamente él y los compañeros que venían de Cenina portaban a las espaldas sus espadas y escudos. No llamarían la atención, pues otros jóvenes albanos, asistentes a la misma ceremonia, también habrían vuelto a la ciudad armados. El resto del grupo llevaba sus cayados y bastones, como cualquier pastor. Para no despertar sospechas, entrarían en la ciudad por puertas diferentes y con pequeños intervalos de tiempo. Irían directamente al mercado, se mezclarían con la gente y esperarían la señal de Rómulo: un agudo y prolongado silbido con el que solían avisarse, entre ellos, de la presencia de maleantes en los pastos. Entonces acudirían a las proximidades de la regia para ponerse a sus órdenes.

Una vez tomadas esas disposiciones, el corazón y la mente de Rómulo, que hasta entonces habían luchado por mantenerse fríos y serenos, se convirtieron en un campo de batalla. Aturdido aún por la revelación de Fáustulo, se sentía ya otra persona y, al mismo tiempo, el antiguo Rómulo, el muchacho que había crecido creyéndose un pastor cuando era,

por nacimiento, un príncipe. Como si se hallase fuera de su cuerpo, contemplaba con turbación los espesos bosques que atravesaba el camino ascendente hacia Alba Longa. Los sentía extrañamente suyos, aunque jamás los había pisado. Nunca, ni él ni Remo se habían acercado a los montes Albanos, pues su padre los retenía en el Palatino con mil trabajos y quehaceres. Ahora lo comprendía y notaba crecer en su interior oleadas sucesivas de gratitud y de ira ciega.

La muralla de adobe que se alzaba ante él lo obligó a concentrarse en la acción inmediata. Siguiendo el plan, él y uno de sus amigos entraron por la puerta más próxima a la residencia de Amulio. Cuando llegaron a la explanada, Rómulo examinó la regia por todos lados mientras su acompañante hablaba con los guardias que custodiaban la puerta a fin de averiguar cuál había sido el destino de Remo.

Fue un golpe brutal. Rómulo y su compañero, con el corazón alojado en la garganta, zigzaguearon por vías secundarias hacia la casa de Numitor, rogando a los dioses que no hubiera ocurrido ya lo irremediable. En la puerta de este esperaban varios de los pastores del Aventino y, reconociendo al gemelo de Remo, se lanzaron contra él para impedirle la entrada. Fue un esfuerzo inútil, pues la zozobra que impulsaba al muchacho le otorgaba una fuerza colosal.

◇◇◇

Numitor miraba una y otra vez al joven que tenía de enfrente, maniatado. Le había causado una honda impresión. Para cruzar el umbral de su casa, el prisionero había tenido que agachar la cabeza y lo primero que vio de él fue su cabello claro y un poco ondulado, que, caído sobre el rostro, enmar-

caba una nariz fina y recta. Sus facciones eran bellísimas y nobles, no había en ellas rastro de la tosquedad que la vida pastoril esculpe en el rostro y en los gestos de quienes se ocupan de labores tan humildes. De no haberle confirmado sus criados que este joven era el siervo de Amulio condenado a muerte cuya llegada le acababan de anunciar, lo hubiera tomado por el retoño de alguna ilustre familia albana. Había ordenado que los dejaran a solas. Allí estaban de pie, cara a cara, un muchacho que irradiaba potencia y juventud y un hombre maduro, delgado y severo, al borde de la ancianidad. El fuego del hogar ardía entre ellos.

¿Quién era ese muchacho tan singular que, en trance de perder la vida, se mantenía erguido y con el porte digno de un rey? Tras un silencio asombrado, Numitor lo interrogó. ¿Cuántos años tenía? Al responderle Remo que acababa de cumplir los diecisiete, el anciano recordó, con dolor, que esa misma edad tendrían sus nietos si Amulio no los hubiera mandado ahogar en el Tíber. De vivir, probablemente serían tan hermosos y aguerridos como ese joven. ¿Dónde había nacido? ¿Quién era su padre? Remo le sostenía la mirada mientras respondía a sus preguntas. La luz de la lumbre arrancaba un aura rojiza al oro de sus mechones. Del mismo color era el cabello de Rea Silvia. ¿Tenía hermanos? «Trece», respondió, «uno de ellos es mi gemelo». Disimuló Numitor la turbación que le produjo esa noticia. «Contén tu esperanza, Numitor», se dijo para sí, mas su corazón latía al galope. Muy rara vez nacían y sobrevivían dos criaturas humanas en un único parto. ¿No era una gran casualidad que hubieran sido alumbrados, al mismo tiempo, un par de varones gemelos en Alba Longa y otro en el monte Palatino?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un gran alboroto en la puerta, con gritos y forcejeos. Se volvió a tiempo de ver penetrar en el salón a un muchacho idéntico al otro, que, en un instante, estuvo junto al condenado.

—No puedes dar muerte a mi hermano, Numitor —exclamó jadeante Rómulo—. A menos que quieras arriesgarte a derramar sangre de tu propia sangre.

Numitor levantó rápidamente la mano para contener a los criados que habían entrado tras él y les ordenó salir de nuevo. Durante largo rato contempló a los gemelos. Eran tan iguales como dos gotas de leche, aunque el recién llegado era un poco menos alto y fornido.

Con movimientos pausados, y sin dejar de mirar a Numitor, Rómulo se colocó detrás de su hermano y cortó sus ligaduras con la espada.

Libre ya de la soga que le laceraba la piel, Remo se frotó las muñecas. También él estaba en suspenso por las palabras de su hermano y por el giro que había dado la situación. Necesitaba mover los brazos y los hombros para desentumecerlos, pero lo contuvo la gravedad del momento. El rostro de Numitor parecía conmovido.

—¿Qué has querido decir al referirte a mi sangre? —Preguntó por fin—. ¿Quiénes sois?

—Esperaba que tú pudieras darnos esa respuesta —replicó Rómulo—. Por mi parte, te voy a explicar lo que acabo de saber, venerable Numitor.

Al no hallar desaprobación en sus ojos, Rómulo se aproximó a él, le tomó la mano derecha e, inclinándose un poco, se la besó. Instintivamente, el anciano le acarició el cabello con la otra y luego tomó asiento en un escabel.

Punto por punto refirió Rómulo lo que le había contado Fáustulo acerca del hallazgo de Remo y de él, recién nacidos, mientras los amamantaba una loba. Relató las sospechas del mayoral acerca de su nacimiento y su decisión de protegerlos ocultando el cesto cuya decoración podría delatarlos y criándolos como si los hubiera parido su mujer, Aca Larencia.

—Si las suposiciones de Fáustulo no son erradas, respóndeme a una pregunta, noble Numitor —Rómulo interrogaba también con la mirada y con el gesto a ese hombre desconocido que le inspiraba seguridad y confianza—: ¿Por qué fuimos condenados a morir? ¿Qué daño podíamos hacerle a Amulio, o qué gravísima culpa pesaba sobre nosotros?

—En verdad es prodigiosa la historia que me has contado y, según creo, concuerda con lo que yo mismo sé. —Numitor había seguido con emoción contenida la narración de Rómulo—. Confieso que muy bien podríais ser mis nietos, a quienes mi hija y yo, y cuantas personas estaban al tanto de su nacimiento, creímos ahogados en el Tíber. A falta de hablar directamente con Fáustulo y ver el cesto, voy a trataros con la confianza que me dicta el corazón, pues en él siento que sois algo mío desde que he visto a Remo. ¿Juráis ser leales a mí y, a partir de ahora, ayudarme en todo?

Los gemelos expresaron con la mayor vehemencia su lealtad a Numitor y le besaron la mano.

—Sentaos frente a mí, en esos escabeles.

Mientras los jóvenes tomaban asiento, el noble Numitor se inclinó hacia el hogar y con un atizador recolocó sobre las brasas un tronco que se había desplazado. Contempló cómo se prendía el fuego mientras las preguntas de Rómulo flotaban en el aire.

—¿Sabíais que fui rey de Alba Longa antes que mi hermano Amulio? —Los muchachos, que lo miraban fijamente, no respondieron—. Siendo muy joven, sucedí a mi padre en el trono y reiné durante dieciocho años. Después, una grave enfermedad me llevó casi al borde de la muerte. Mi hermano Amulio, aprovechándose de mi debilidad y arguyendo que mi mala salud me impedía dirigir un ejército y que esa falta era una invitación a nuestros enemigos para que nos atacaran, azuzó al pueblo y a muchos nobles para que me exigieran la abdicación. No tuve más remedio que ceder. Así él se convirtió en el rey Amulio.

Rómulo y Remo, aunque impacientes, observaban la danza de las llamas en los ojos del antiguo rey. Su mirada parecía transportarlo muy lejos.

—Poco después, mi único hijo varón, que aún era un niño, murió en un extraño accidente de caza nunca aclarado. Solo me quedaba una hija, Rea Silvia.

—¿Fue ella nuestra madre? —Con los brazos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas, Rómulo se inclinaba hacia delante—. ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué no hiciste tú nada para salvarnos?

—No te precipites en tus juicios, chico. —Numitor miró a Rómulo a los ojos y percibió en ellos una profunda herida. Suavizó su tono—. Amulio consagró a Rea Silvia a la diosa Vesta. Solo entonces alcancé a comprender por completo la maldad de mi hermano y sus intenciones: su deseo era impedir que Rea Silvia se casara y concibiera hijos. Quería evitar a toda costa que yo tuviera descendientes que, en el futuro, pudieran reclamar el trono. —Ante los rostros perplejos de los gemelos, Numitor añadió—: Sabed que las ves-

tales están obligadas a preserverar su virginidad. Si faltan a ella, el castigo es la muerte.

—Entonces, ¿nosotros...? —Rómulo comprendía lo que implicaba su nacimiento.

—Mi hija aseguró que os había engendrado el dios Marte. Yo la creí. Y si, como ha dicho Fáustulo, una loba os salvó la vida, no cabe mayor confirmación, pues el lobo es uno de los animales consagrados a ese dios. Fue imposible impedir que mi hermano acusara a vuestra madre de haber cometido un sacrilegio y que ordenase ahogaros en el Tíber.

—¡No sé a qué esperamos para vengarnos de Amulio! —Remo, cuya indignación había ido creciendo, se puso en pie de un salto, cerró los puños y golpeó con rabia al aire.

—¡Su proceder exige venganza, desde luego! Pero hay que elegir bien el momento, actuar con cautela —argumentó Numitor, alarmado por la fogosidad de Remo—. Mi hermano es astuto y muy fuerte.

Los interrumpió un criado. Un desconocido que no había querido identificarse le traía noticias importantes y secretas. Numitor hizo gestos a Remo para que se sentara y mantuviese la calma. Ordenó que trajesen unas copas de agua antes de dejar pasar a ese extraño.

◇◇◇

Un hombre de edad madura y aspecto confiable entró en el salón y se inclinó ante Numitor. Dijo su nombre y explicó que, desde hacía muchas generaciones, los miembros de su familia eran siervos de la casa real albana.

—Esto te lo explico, noble Numitor, para que sepas que guardo lealtad a tu casa y a los tuyos, aun cuando en los últi-

mos años haya debido de estar al servicio de tu hermano, el rey Amulio. Lo que vengo a decirte, si me quieres escuchar, es muy grave.

—Habla sin dilación, buen hombre.

—Esta tarde, los vigilantes de la muralla han sorprendido al mayoral de los rebaños de Amulio en el Palatino, un tal Fáustulo, llevando semioculto un cesto de los que se usan para acostar a los recién nacidos. Parece que el hombre se ha azorado mucho, no ha respondido con claridad a sus preguntas y los guardias, sospechando que tenía algo que esconder, lo han llevado ante el rey.

Rómulo y Remo, que se habían situado, de pie, en diferentes puntos de la estancia de modo que Numitor quedara solo y en el lugar más relevante del salón, tensaron sus músculos, en alerta.

—Apenas el rey Amulio ha visto el cesto, se ha puesto tenso como un arco. A sus preguntas, Fáustulo ha confesado que hace años encontró a dos niños gemelos abandonados dentro de ese canasto.

—Entonces, ¿Amulio ha reconocido la cesta?

—Es demasiado taimado para decirlo —respondió el hombre—, pero enseguida ha fingido interesarse por la suerte de esos muchachos y le ha preguntado a Fáustulo dónde estaban, pues quería conocerlos.

—¿Y qué ha dicho Fáustulo? —Numitor se había erguido en su escabel, inquieto.

—Si se me permite ser sincero, creo que ha mentido: ha contestado que estaban con sus rebaños en los pastos del Tíber. El rey ha encargado en secreto a tres de sus hombres que vayan de inmediato al Palatino y maten a los gemelos.

Quizá tampoco haya creído del todo a Fáustulo, pues a mí me ha mandado a vigilar tu casa con un par de hombres e impedir que nadie entre o salga de ella.

—¿Por qué me revelas esto? ¿Qué tiene que ver esa historia conmigo y qué interés tienes tú?

—Soy leal a tu familia, como te he dicho antes, y ello incluye a tu hija. Estaba de guardia en la puerta de la regia cuando trajeron a los recién nacidos y se los llevaron después. Los criados hablamos entre nosotros, en un hogar no puede haber secretos —respondió con prontitud y seguridad del hombre—. Además, me ocurre como a la mayoría de los albanos, que echamos de menos tu gobierno benigno y te queremos bien.

Le dió las gracias Numitor por aquella información tan valiosa, por la que le estaría siempre agradecido, le rogó que guardara silencio sobre su conversación y lo despidió. Acababa de retirarse aquel hombre cuando un escudo voló por los aires a través de la estancia. Rómulo se lo había quitado de la espalda y se lo lanzaba a Remo, quien lo recibió con ambas manos.

—Ármate, Remo. No hay tiempo que perder —exclamó mientras se le acercaba y clavaba la punta de su espada en el suelo, ante los pies de su hermano—. Yo conseguiré armas por mi cuenta. Mis hombres esperan una señal mía para acudir a la regia.

—¡Esperad! —Numitor alzó las manos en dirección a los dos—. Remo, llévate tú a mis hombres y comándalos, yo soy demasiado viejo. Y tú, Rómulo, coge al menos mi espada. —Y señaló la pared donde estaba colgada el arma.

En un instante, los gemelos, pertrechados y seguidos por los hombres de Numitor, corrían por las calles vacías, pues

el cielo, encapotado por negras nubes, había recluido a los albanos en sus hogares. Rómulo emitió su agudo silbido y cuando tuvieron a la vista la explanada y la mansión de Amulio, los pastores del Palatino ya estaban allí y aguardaban sus órdenes.

—Tracemos un plan de ataque —susurró Rómulo a su hermano mientras observaba a los guardias del rey que custodiaban la entrada.

—No hay ningún plan mejor que atacar enseguida. ¡Vamos! —Remo levantó la mano y la llevó hacia delante para indicar a los hombres de Numitor que lo siguieran. Con una bravura y arrojo sin parangón, se lanzó contra la regia a través de la explanada. Los guardias dieron la voz de alarma y se aprestaron a repeler el ataque contra la única espada de Remo y los bastones de los criados.

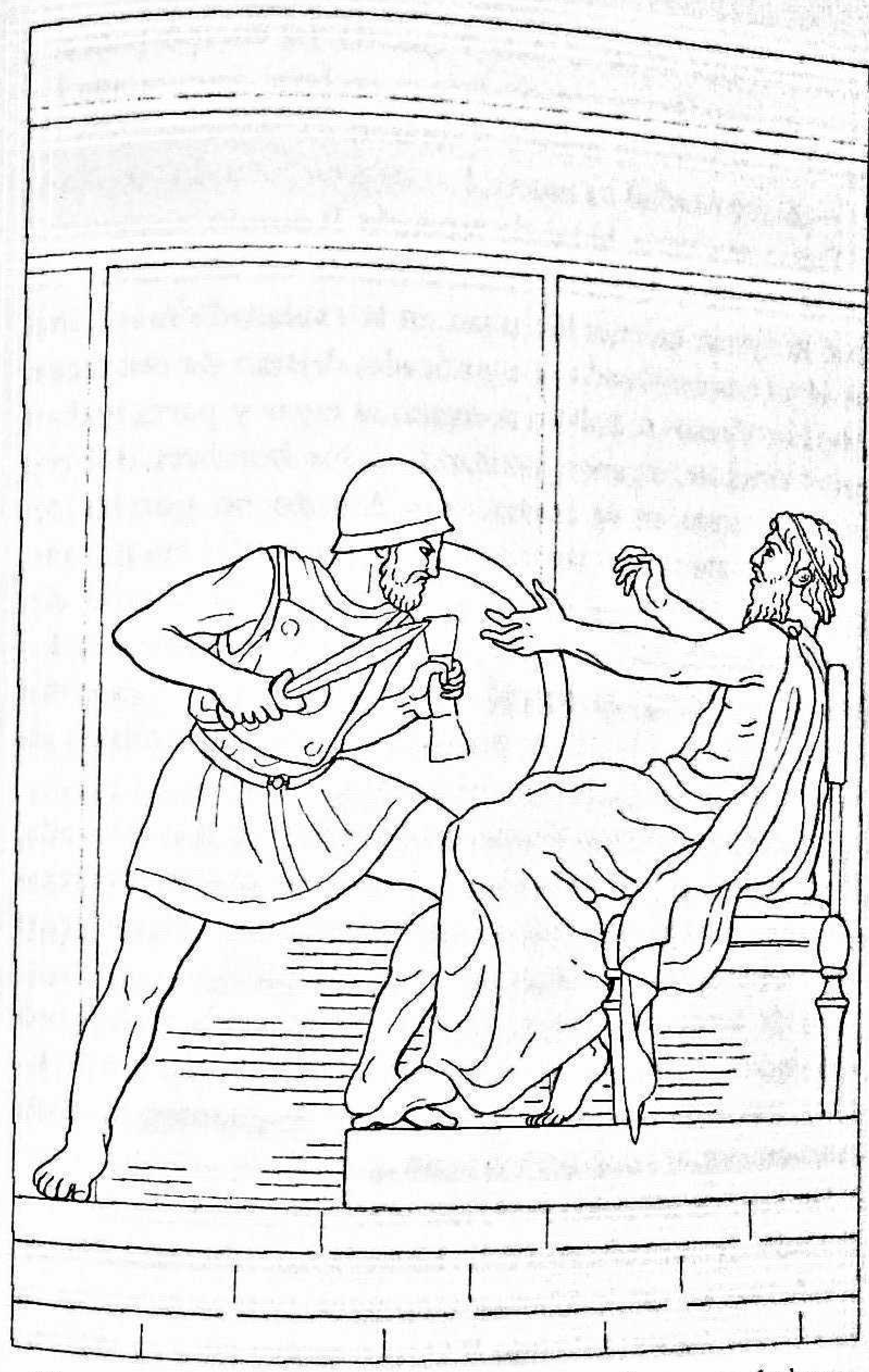
Corrió Rómulo a reunirse con sus pastores. Había observado por la mañana que la casa de Amulio tenía una puerta trasera y, rápida y sigilosamente, se movieron por entre las cabañas que rodeaban la explanada hasta tener ese portón a la vista. Oyeron gritos. Rómulo se puso los dedos sobre los labios. Cinco o seis mujeres salieron atropelladamente por esa puerta, espantadas. Esperó un momento. Desde la entrada principal llegaban las voces y los ruidos del combate.

—Reforzaremos el ataque de Remo. Nos acercaremos al edificio y, sin perder tiempo, vosotros por la derecha —dijo señalando a un grupo— y el resto por la izquierda, avanzaremos pegados a la pared y sorprenderemos por la espalda a los guardias de Amulio. Dos de vosotros quedaos apostados aquí. Yo pasaré al interior por la parte trasera y silbaré si os necesito. ¡Adelante!

Aquella puerta daba a la cocina y, a través de ella, desembocó Rómulo en el salón. El fuego y las teas iluminaban el amplio espacio y el sitial del monarca, vacío. Avanzó el joven con precaución empuñando la espada y escrutando los rincones que quedaban en sombras.

—¡Así que eres tú, bastardo! —El grito de Amulio lo sorprendió detrás de su hombro derecho, a tiempo de dar un salto para esquivar la espada que ya zumbaba en el aire. Se volvió rápidamente para rechazar su ataque.

El rostro de aquel desconocido rezumaba rabia. Apenas tuvo tiempo el joven de observarlo, pues Amulio volvió a descargar la espada con violencia mientras se protegía la parte izquierda del cuerpo con un escudo. Rómulo, desprovisto de esa arma defensiva, se movía con mayor rapidez, devolvía y lanzaba golpes, pero se hallaba muy expuesto al bronce del rey. Desconocía el terreno y sus obstáculos, lo que aprovechaba su contrincante para empujarlo hacia el centro del salón, quizá para hacerlo tropezar con el hogar encendido. Amulio agitaba su cabellera como si de ello extrajera vigor y acompañaba su ataque con toda clase de insultos. Mantenía fría la cabeza Rómulo y no desperdiciaba sus fuerzas en hablar. Una serie de rápidas ojeadas le permitieron descubrir en las paredes algunos escudos. Cedió terreno hasta que notó el calor del fuego en sus piernas. Entonces se volvió, dio un salto formidable por encima de las llamas y con el talón golpeó uno de los troncos ardientes en dirección a su enemigo. En esos instantes de ventaja, arrancó de la pared un escudo, lo embrazó y se arrojó con redoblada fuerza contra el soberano. Este, sorprendido por la maniobra, no previó el siguiente movimiento y el impacto del escudo de bronce contra su brazo y su costado derecho lo hizo tambalearse.



Rómulo arrancó un escudo de la pared y se arrojó con fuerza contra el soberano.

Instintivamente separó el brazo izquierdo del cuerpo para recuperar el equilibrio y con ello dejó su pecho al descubierto. La espada de Rómulo le atravesó el corazón.

—¡El rey Amulio ha muerto!

Dos o tres veces hubo de repetirlo Rómulo, sosteniendo el escudo y la espada ensangrentada en alto, antes de que lo oyeran quienes luchaban en la explanada más cerca de él y, comprendiendo su significado, dejaran de combatir. Muchos albanos se habían acercado al lugar y participaban en el combate, algunos auxiliando a los hombres del rey, otros peleando en su contra, pues Amulio no gozaba del aprecio de muchos de sus súbditos. La confusión era grande, pero a medida que se difundía la noticia de la muerte del monarca estallaban por todas partes las aclamaciones en favor del vencedor. Un siervo de Numitor corrió a casa del noble a avisarlo. No cabían en sí de alegría los hombres de Rómulo, que, llenos de orgullo, lo vitoreaban.

Cuando el hermano del difunto rey llegó a la explanada, Rómulo, con el cuerpo brillante de sudor y el rostro aureolado por sus cabellos, se adelantó unos pasos y lo recibió con una profunda reverencia.

—¡He aquí a vuestro antiguo y nuevo rey! —exclamó irguiéndose de nuevo y dirigiéndose al numeroso público—. ¡Salve, Numitor! Que los dioses te guarden la vida muchos años.

De muchas gargantas brotaron sinceros gritos de alegría por haber recuperado para Alba Longa a un soberano ilustre, bondadoso y querido. El nuevo monarca, conmocionado, se dio cuenta entonces de que Rómulo embrazaba el escudo de Eneas.

4

UNA CIUDAD NACE

Continuaban en Alba Longa los ecos de las celebraciones con las que fue recibido el nuevo rey, tanto más clamorosas cuando este explicó al pueblo, reunido en asamblea, los males que Amulio había infligido a su familia y el parentesco que lo unía a los gemelos. La admiración de los albanos hacia estos últimos era enorme. Mucho se habló, en voz baja, del gran mérito de Rómulo, pues no solo había dado muerte al gran guerrero que era Amulio, sino que, teniendo derecho a ocupar su trono según las costumbres ancestrales, se lo había cedido a su abuelo, Numitor. Allá por donde iban, los dos jóvenes recibían felicitaciones y agasajos.

Pasaron unos días aún antes de que Rómulo y Remo se reencontraran con su madre, Rea Silvia, a quien el rey Amulio había perdonado la vida a cambio de una reclusión perpetua.

Así, una tarde los ilustres gemelos penetraron en el bosque consagrado al dios Marte junto con el sacerdote que

ofrecería un sacrificio de agradecimiento al dios. La senda desembocaba en un calvero en cuyo centro destellaba un manantial. Sobre sus aguas se reflejaban, temblorosas por la brisa, las hojas de dos arces y una figura delgada.

Madre e hijos se abrazaron sin saber qué decirse. Aparte de verter lágrimas, mirarlos mil veces y otras tantas admirarse de la fuerza y la belleza de los gemelos, Rea Silvia no acertaba a hacer mucho más. El sufrimiento había dejado huella en su rostro, pero la difuminaba la luz de la alegría. Se sentaron los tres al pie de un árbol.

—Ocurrió aquí —dijo ella mientras miraba a su alrededor casi con asombro—. No había vuelto desde entonces.

Los gemelos bajaron los ojos, azorados al escucharla.

—Era tan joven... Estaba feliz, porque tras ser instruida durante un año, iba a realizar mi primer rito como vestal: purificar los instrumentos sagrados. Hacía calor así que, después de lavarlos, me senté a descansar bajo ese arce —señaló el árbol que crecía al otro costado de la fuente—. Entorné los ojos y me adormecí. Tuve un sueño horrible. Ante mí ardían los muros de Troya mientras, a mis espaldas, crecían dos palmeras, una más alta que la otra. Mi tío Amulio iba a derribarlas con la espada cuando me invadió un miedo tan atroz que me desperté. Entonces entreví una figura radiante que me anunció vuestro nacimiento y desapareció.

Los ojos de Rea Silvia se empañaron al revivir el recuerdo de los pasados sufrimientos. Y he aquí que, cuando nada esperaba ya, tenía a sus hijos ante ella, bellos y refulgentes como divinidades.

—Deberíamos apresurarnos —sugirió Remo, puesto de pie—. Se hace tarde para el regreso.

—Espera un poco. —Rea Silvia lo retuvo con la mirada—. Aquella divina aparición me dijo algo que jamás revelé a nadie: que mis dos hijos serían superiores a los demás hombres por su valor y sus hazañas guerreras.

—¡Puedes estar segura de que es así, madre, al menos por lo que a mí respecta! —Remo soltó una carcajada mientras miraba de reojo a su hermano—. Contando al pastor del Aventino y a los tres siervos de Amulio que abatí durante el ataque a su casa, ya he matado a cuatro hombres.

—Haz todas las cuentas, hermano —respondió Rómulo frunciendo el ceño. Estaba harto de oír a Remo repetir una y otra vez, como si se tratara de un gran mérito, que, a diferencia de su gemelo, su arrojo y valentía le impedían detenerse a pensar en estrategias para enfrentarse al enemigo—. Di también cuántos hombres de los que tú comandabas murieron o quedaron malheridos en ese combate. Fueron muchos.

Al advertir la tensión entre sus hijos, Rea Silvia sintió que se le encogía el corazón. ¿Es que iba a repetirse en sus hijos la historia de Numitor y Amulio? ¿Acaso las rivalidades fraternas no acabarían nunca? Se levantó con presteza y llamó al sacerdote de Marte para que realizara el sacrificio. Cuando el oficiante degolló al cordero sobre un ara improvisada, la sangre de la víctima salpicó a los dos hermanos.

◊◊◊

Las aguas del lago Albano relucían como la luz sobre un espejo de plata. Rómulo, tendido al sol sobre la arena, contemplaba las cabañas de Alba Longa colgadas del borde de la empinada ladera. Fuera de los bosques de arces que tapizaban

las escarpas, solo era visible un óvalo azul, un retazo de cielo. Resultaba tan opresivo como estar en el fondo de un cubo. Los días eran eternos. Su abuelo, Numitor, se había trasladado a la regia, la morada del rey, y Remo y él vivían allí como sus huéspedes. No tenían asignada ninguna ocupación y, más allá de la caza y la pesca, aquella vida carecía de alicientes para él.

Cerró los ojos. Añoraba a sus compañeros, que su vista pudiera recrearse en un paisaje de llanuras, colinas y valles y un horizonte amplio. Echaba de menos el rumor del río. En cierto modo, él era como el Tíber, una fuerza que se crece en su incesante movimiento. Por sus venas corría sangre de reyes y, desde que lo sabía, rebullía en su pecho un deseo intenso de demostrarse a sí mismo y demostrar a los demás quién era, adónde podía llegar aunque se hubiera criado como un pastor.

En los últimos días le rondaba en la mente una idea, un reto: ¿por qué no fundar una nueva ciudad en los parajes donde había transcurrido su infancia y cuyas ventajas conocía bien? Unir en torno a sí a un pueblo, instituir leyes, transformar la pequeña comunidad de pastores en una entidad fuerte y organizada: esa era la labor que ansiaba acometer.

Un ligero chapoteo le indicó que había picado un pez. Se levantó de un salto y tiró del sedal. Enganchado al anzuelo se agitaba un magnífico lucio y le pareció un buen augurio cobrar una pieza tan grande.

◇◇◇

Remo había aprovechado la jornada de caza. Un jabalí hembra se balanceaba, colgada por las pezuñas, de un largo palo que portaban sobre los hombros cuatro criados. La había herido con la lanza y rematado con un cuchillo. Estaba preñada. Los cazadores que lo asistían le manifestaron abiertamente su admiración. No como su hermano, que era contrario a que se cazaran animales en época de cría. «Peor para él», pensó. Iba a ordenar en la cocina que asaran el jabalí para esa noche. Seguro que a Numitor le gustaría más saber cómo y dónde lo había cazado que responder a las aburridísimas preguntas de Rómulo sobre las leyes albanas y las alianzas de Alba Longa con otras ciudades del Lacio.

—¡Apártate! —espetó a un campesino con un asno que se disponía a entrar antes que él por una de las puertas de la muralla—. ¿Aún no sabes que soy el nieto del rey? Mírame bien para que puedas reconocerme la próxima vez. Y recuerda esto: algunos ya me llaman «el matador de hombres», te lo digo para que no me confundas con mi hermano. Él no mata ni a una mosca sin haber hecho planes.

Estallaron las risas a su alrededor y, volviéndose hacia sus acompañantes, Remo hizo un saludo para que le aplaudieran.

Llegado a la regia, se instaló en la parte de atrás de la explanada y empezó a desollar el jabalí, con cuya piel pensaba confeccionarse una capa. No prestó atención a Rómulo, que volvía del lago y se le acercó a ver qué hacía.

—Estoy pensando en volver al Palatino —le dijo a Remo después de observarlo un rato.

—Harás muy bien. Seguro que las ovejas y las cabras te echan de menos.

—No más que a ti —respondió Rómulo apretando los dientes—. ¡Nadie como tú las hacía correr tanto por el valle! ¡Y no pillabas ni a una!

—No eres más que un patán engreído. ¡Déjame en paz!

Con los ánimos encrespados, se sentaron esa noche a cenar cada uno a un costado de Numitor. Cuando Remo se hubo explayado sobre la caza del jabalí, Rómulo expuso su propósito al rey: solicitaba su permiso para fundar una nueva ciudad en el territorio albano que se extendía a las orillas del Tíber. Numitor se interesó enseguida. Era una buena idea colonizar aquellos parajes junto al Tíber, al lado del territorio etrusco. La salida al mar estaba garantizada por el antiguo camino ostiense y por el río, en tanto el camino Salario los comunicaba con las ciudades sabinas. Sería de gran valor para Alba Longa reforzar su presencia en esa área. A medida que él mismo enumeraba las ventajas en voz alta, más utilidad otorgaba al plan de su nieto.

Remo los escuchaba con un enfado creciente. ¿Se iba a quedar una vez más fuera de la conversación y de los nuevos planes? ¡Bien guardados se los tenía Rómulo, el astuto! Para eso quería volver al Palatino… pero él no pensaba tolerar que su hermano se le adelantase. También él, como nieto de Numitor, tenía sus derechos. Además, una ciudad necesitaba un monarca fuerte y que inspirase respeto.

—Entonces, está decidido —intervino finalmente, dando muestras de gran entusiasmo—. Fundaremos una nueva ciudad y yo seré el rey.

—No veo razón alguna para que el fundador y rey seas tú. —Rómulo se levantó de la mesa, furioso.

—¿Te parece de poca importancia que yo sea superior a ti en el combate? —Esa fue la rápida respuesta de Remo—. Te recuerdo que he matado a cuatro hombres.

—Ese es tu argumento preferido, ¿no? —Había dolor y sarcasmo en el tono de Rómulo—. Tu valor y tu fuerza guerrera

son muy superiores a las de muchos hombres, no lo niego, pero el día en que mates a un rey, ven y repíteme que eres mejor que yo.

La discusión se fue agriando hasta que Numitor les ordenó que se contuvieran. Lo incomodaba la fogosidad de los gemelos. Los dos querían descollar y temía que el conflicto se agravase cuando él mismo o la nobleza albana hubieran de elegir a uno de ellos para sucederle en el trono de Alba Longa. Por ese motivo, la idea de Rómulo se le antojaba muy oportuna. La eventual pugna por su sucesión quería resuelta de antemano si, llegado el momento, uno de los hermanos ya gobernaba en una nueva ciudad.

—Siéntate, Rómulo, y escuchadme los dos —dijo con autoridad—. Habéis nacido iguales y a ambos os adornan virtudes dignas de los mejores reyes. Así pues, no malgastéis vuestros dones en estériles disputas que solo traen desgracias. Os propongo una solución: que decidan los dioses cuál de vosotros fundará la ciudad y será su rey.

Tras templar su enfado y reflexionar un poco, ambos se avinieron a someterse a un veredicto divino. Resolvieron con Numitor que a la mañana siguiente partirían hacia las colinas del Tíber a fin de prepararse para la consulta. Tres días después, en el lugar que cada uno de ellos escogiera, tomarían los auspicios: a través del vuelo de las aves conocerían la voluntad de Júpiter, el más alto de los dioses.

◇◇◇

Muchos pastores salieron a recibirlos apenas se corrió la voz de que regresaban al Palatino. Con gran algazara los acompañaron por el valle de Murcia hasta el pie de la escalera de

Caco, por donde Rómulo y Remo subieron a la cabaña de Fáustulo y abrazaron a Aca Larencia. Los dos días siguientes los dedicaron a madurar cada uno sus planes: cómo se llamaría su ciudad, en qué lugar concreto se emplazaría, cuándo tendría lugar la fundación… Quería ubicarla Remo en una elevación algo alejada del río, conocida con el nombre de monte Murco, y decidió tomar en ese mismo lugar los auspicios; el propósito de Rómulo era, en cambio, asentar su ciudad en la colina del Palatino y colocarse, para los auspicios, en la cumbre más alta del Aventino. Su destino estaba en manos de los dioses.

El día acordado, los gemelos se dirigieron a sus respectivos observatorios sacros a fin de esperar las señales divinas. Con el primer albor, Remo anunció a sus acompañantes:

—Seis buitres han volado hacia mí desde el lado izquierdo. Vayamos a comunicárselo a mi hermano.

Con gran alborozo recibieron sus partidarios la noticia, pues se trataba de un presagio muy favorable. Aclamaciones y vítores acompañaron su marcha hacia el Aventino, donde estaba su hermano, y, llegando allí, se encontraron con que Rómulo había acabado también y estaba rodeado por los suyos. De lejos les gritaron:

—¡Remo será el fundador! ¡Ha visto seis buitres!

—¡Doce, y desde la izquierda, se le han presentado a Rómulo! —respondieron los otros.

—¡Yo los he visto primero! —Los ojos de Remo echaban chispas mientras su hermano se congratulaba con los suyos.

—No discuto que los hayas visto antes, Remo —respondió con la misma firmeza Rómulo—. Solo te digo que yo he visto doce aves, el doble que tú.

Los acompañantes de uno y otro se enzarzaron en una ácida disputa sobre qué debía prevalecer, si la prontitud en el avistamiento o el número de aves. Se calentaron los ánimos y, ante el desacuerdo, fueron llamados a consulta los sacerdotes. Estos, tras una breve deliberación, concluyeron que, siendo favorables los auspicios de ambos, el que atañía a Rómulo era superior.

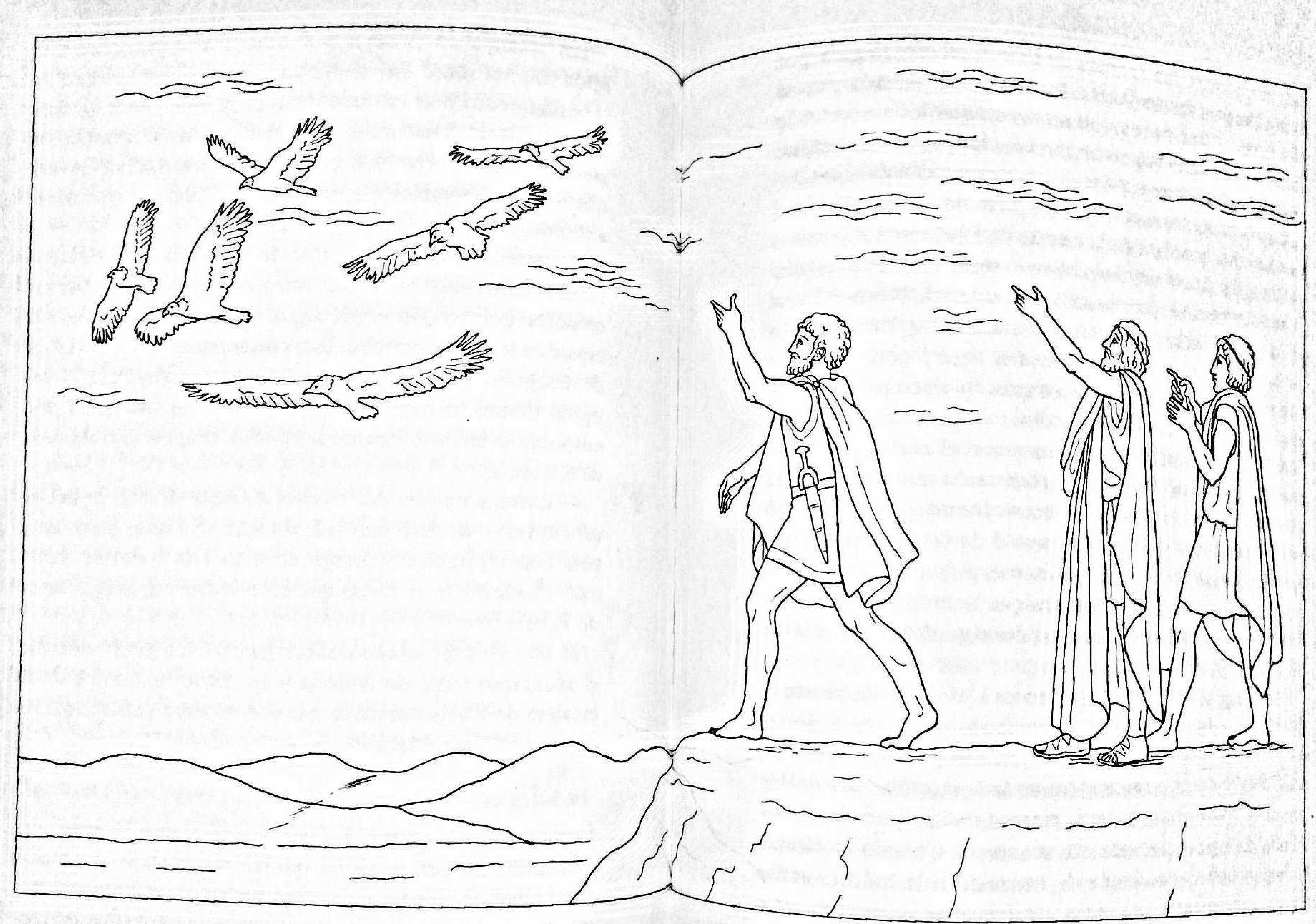
Se entremezclaron los gritos de alegría y los de decepción. Remo, muy enfadado, miró con despecho a los sacerdotes, golpeó con el pie algunas piedras y, volviendo la espalda a todos, se marchó. Esta conducta levantó un rumor de desagrado hasta que Rómulo, confirmado ya que el designio divino lo había escogido a él, pidió silencio. Tomó entonces su lanza y, seguido por todos, se aproximó al borde de la colina.

—Tomo posesión del territorio sobre el cual levantaré mi ciudad —declaró con solemnidad. Dio unos pasos atrás para coger impulso y arrojó el arma con todas sus fuerzas—. La fundaré el día en que los pastores celebran la fiesta de Pales.

El asta, con un vibrante silbido, atravesó a gran velocidad el silencioso valle de Murcia y se clavó en la cima de la escalera de Caco, donde se transformó prodigiosamente en un cornejo de ramas abundantes.

∞

Como todos los años, los pastores habían adornado con guirnaldas las cercas en las que se resguardaba el ganado; purificaron el interior de los corrales sahumándolos con teas de olivo y de sabina mientras en sus hogares pastoriles cre-



El día acordado, Remo se dirigió a su observatorio a fin de esperar las señales divinas.

pitaba el laurel. Era la fiesta de Pales, la fecha elegida por Rómulo para fundar Roma. Iba a ser una jornada gozosa y, a la vez, difícil, pues el mismo día en que los auspicios lo habían favorecido, Remo se marchó a los pastos del camino Salario y desde entonces no se dejaba ver.

Los varones llamados a formar parte de la nueva ciudad acudieron a la puerta de la cabaña de Fáustulo a esperar la salida de su futuro rey. Golpeaban el suelo con los pies para mantener el calor, pues la mañana era fresca. Rómulo, con el rostro sereno, cruzó el umbral antes del alba. Empuñando su bastón de augur, vestido con una toga y con la cabeza cubierta al modo etrusco, cuyos ritos fundacionales seguiría, irradiaba autoridad. Ascendió a la parte más alta del Palatino y, desde allí, con la vista y con el corto bastón de punta curva, trazó en el aire el rectángulo que comprendía el terreno sobre el que se asentaría Roma. Luego, esperó una señal divina. El vuelo favorable de las aves confirmó que Júpiter aprobaba su elección y expulsaba de ese territorio a los espíritus desfavorables que lo hubieran ocupado hasta entonces. El Palatino estaba consagrado, era ya el solar de una ciudad.

Con gran alborozo regresaron todos a la cabaña de Fáustulo. Rómulo había hecho excavar un hoyo cuadrado a pocos pasos de su puerta y, dentro de él, en una solemne ceremonia, cada uno de los miembros de la comunidad arrojó los primeros frutos que hubiera recogido y un puñado de su tierra, de modo que todo ello se mezcló. Cuando el último hombre hubo contribuido de tal modo a la fundación de la ciudad, el hoyo se cubrió y sobre él se erigió un altar de piedra en el cual encendió el rey un nuevo fuego.

—Este fuego nos representa a todos —proclamó Rómulo. A continuación, haciendo sonar la trompa, anunció con voz vibrante—: Pronunciaré ahora, para que seres humanos y divinidades lo escuchen, el nombre de nuestra ciudad: Roma.

Concluidos estos ritos, mientras los asistentes lo felicitaban y saludaban como nuevo monarca, Rómulo levantó la cabeza y distinguió, entre el público, a su hermano Remo, que lo contemplaba con un gesto torvo. Le sostuvo la mirada durante largos instantes. Luego, en un ademán amistoso destinado a recuperar la antigua concordia, el nuevo rey se abrió paso entre el gentío, se dirigió hacia su hermano gemelo y lo abrazó.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo para la última ceremonia, Remo —le dijo empezando a caminar con él—. Voy a trazar el surco sobre el cual levantaremos la muralla. Se trata de un surco sagrado, inviolable, la mejor protección contra nuestros enemigos. —Habían llegado a la escalera de Caco y comenzaron a descender. Rómulo iba delante y a una determinada altura, se detuvo—. Aquí irá una de las puertas.

—¿Tienes previsto colocar una muralla a mitad de la ladera? —La pregunta sonó irónica.

—Si alguien quiere atacarnos, tendrá que llegar hasta ella subiendo una cuesta. Eso nos dará ventaja, ¿no crees?

—Es una necedad teniendo guerreros valientes —bufó Remo—. Claro que tú siempre prefieres resguardarte...

Recibió Rómulo esta respuesta como una bofetada. Se sintió profundamente herido. Remo jamás aceptaría que Júpiter, al elegir a su gemelo para fundar la ciudad y reinar sobre ella, lo había colocado por encima de él. Su hermano seguía siendo el joven irreverente e impío de siempre.

—Soy tu rey, Remo. No lo olvides.

En la esquina entre el valle de los Bueyes y el del Velabro esperaban al rey los jóvenes que participarían en la ceremonia, dos de ellos armados. Rómulo se cubrió la cabeza con la toga. Desde ese momento se hallaba en el ejercicio de sus funciones sagradas. Tomó el yugo y unció a él una vaca y un toro, ambos de un blanco inmaculado. Acopló luego un arado de bronce y, clavándolo en la tierra, comenzó a trazar el surco. Con la mayor reverencia lo seguían los pastores y, cada cierto número de pasos colocaban, dentro de la hendidura recién abierta, gruesas piedras que simbolizaban la sacralidad e inviolabilidad de la muralla. En aquel silencio sacro solo se oía el resuello de las bestias y el quejido de la tierra al ser penetrada por el bronce.

◇◇

Desde fuera y sin participar en él, Remo observaba aquel rito. Le parecía absurdo y ridículo, él jamás habría hecho nada semejante de estar en el lugar de Rómulo. Claro que tampoco habría fundado su ciudad ahí, en una colina rodeada de valles fangosos y malolientes. Cuanto más lo pensaba, menos creía que Júpiter le hubiera dado su aprobación a Rómulo. Su hermano había hecho trampas al tomar los augurios, estaba seguro.

—Deberías hundir más el arado, Rómulo. Te falta fuerza —le gritaba para humillarlo y bajarle los humos.

Rómulo simulaba no escuchar sus observaciones, pero sus hombres sí que las oían y alguno sonreía por lo bajo. Estaba convencido que si les hubieran preguntado a ellos, hoy el monarca sería él, que era más fuerte y mil veces más valiente que su hermano. ¡Su pretendida muralla se reducía a un agujero en el suelo! Parecía una broma. ¡Y el muy presumido se lo tomaba en serio!

—No atinas a hacer el surco recto, hermano. El arado lo gobiernan los bueyes y no tú.

—Estoy celebrando una ceremonia sagrada, Remo —le espetó con muy mala cara Rómulo, mientras levantaba el arado en el lugar donde iría una puerta—. No molestes más.

¿Qué él molestaba? Maldito Rómulo y su estúpida pretensión de creerse que cualquier acción suya era sagrada. Ahora se iría, sí, pero le reservaba una sorpresa.

◇◇

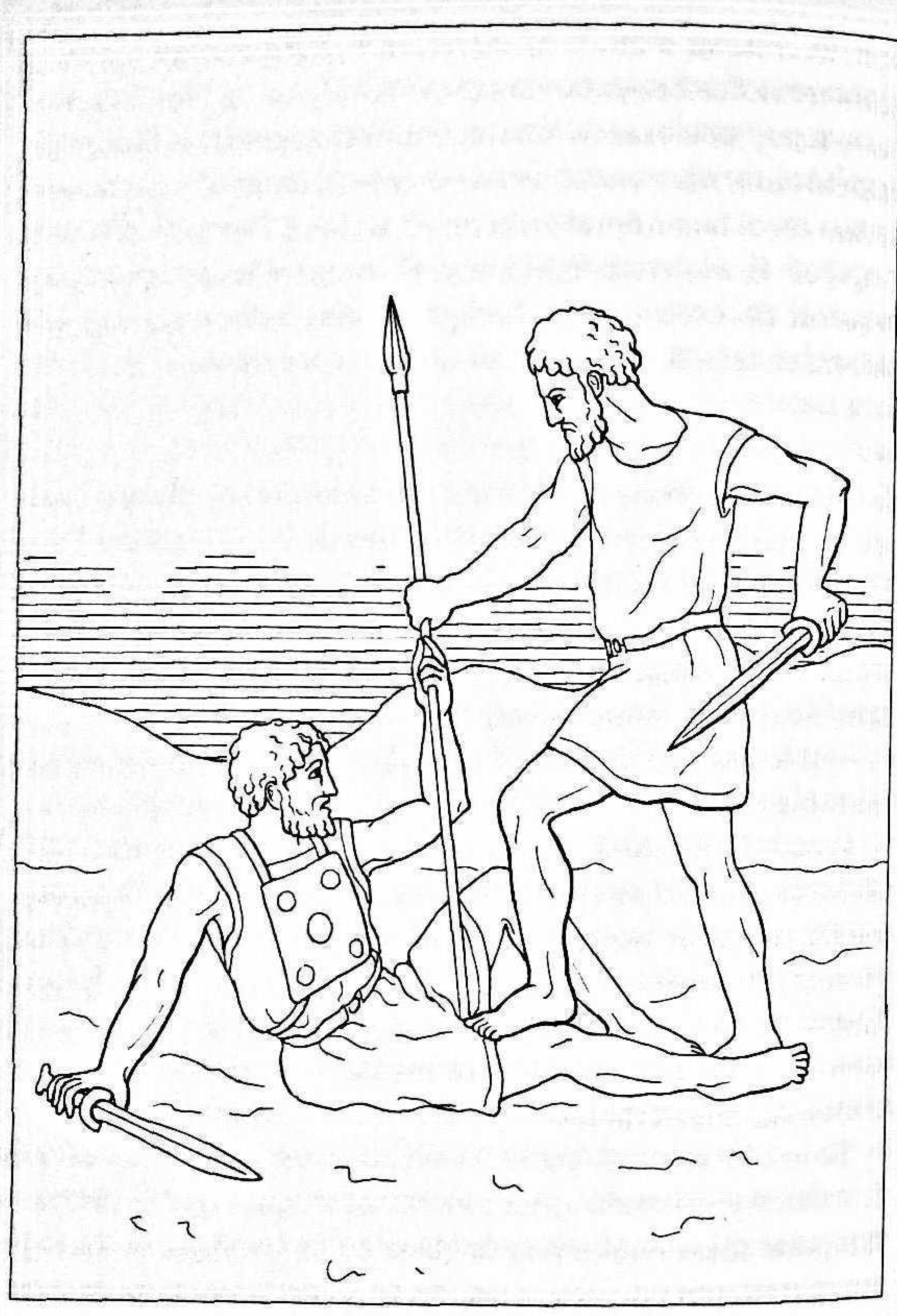
Superado su cénit, el sol primaveral alumbraba el surco primigenio, trazado ya a lo largo de tres de las laderas del Palatino. Rómulo acababa de doblar un codo para afrontar con la yunta el cuarto y último tramo cuando, de pronto, estalló a sus espaldas una carcajada. Se volvió a mirar y vio a Remo salir de detrás de una arboleda.

—¡He aquí la inviolable muralla del rey Rómulo! —exclamó a voces.

Frenó Rómulo a los bueyes, y, durante unos instantes, todo el mundo se quedó en suspenso. Con ojos horrorizados, veían acercarse a Remo con un brillo de rabia en la mirada, jactancioso como el día de la fiesta de Fauno. Dispuesto a vulnerar hasta lo más sagrado.

—¡Mirad cómo tiemblo de miedo! —Y dando dos o tres zancadas, saltó el surco.

Rómulo soltó el arado, arrebató la espada a uno de sus hombres y gritando «¡Así muera todo aquel que se atreva a traspasar mis murallas!» se la clavó en el vientre a su hermano, quien, por su propio impulso, quedó atravesado de lado a lado por la hoja. Durante unos instantes, los ojos de Remo



Rómulo le arrebató la espada a uno de sus hombres y atacó a su hermano Remo.

miraron asombrados a los de su hermano, sin comprender qué fuerza acababa de detenerlo. Bajó la vista y con las manos trató de arrancarse la hoja de bronce. La sangre de sus palmas se unió a la que le empapaba ya las ropas y descendía como un reguero por sus piernas. Rómulo soltó la empuñadura de la espada, se descubrió la cabeza y sostuvo a Remo por un brazo y por la espalda mientras su cuerpo, perdidas las fuerzas, cedía y se derrumbaba en el suelo.

—¿Qué has hecho, hermano? —gritaba Rómulo, cegado por el dolor y las lágrimas— ¿No te había dicho que era un recinto inviolable? Desdichado de mí, que me he convertido en tu verdugo.

La noticia de la terrible desgracia había llegado ya a todas partes. Aca Larencia y Fáustulo, destrozados, bajaron por la ladera sin ver apenas dónde ponían los pies, seguidos por una multitud conmovida y llorosa. Alrededor de los gemelos, el vivo y el muerto, se dolían de la pérdida de aquel nobilísimo joven, aun comprendiendo que su muerte era la consecuencia inevitable de su conducta impía. Su sangre derramada era la expiación que los dioses exigían para restablecer la concordia con los hombres.

—¡Qué amarga ha sido la primera decisión de mi reinado! —gemía, desconsolado, Rómulo—. Matar a mi propio gemelo ha sido como matarme a mí mismo.

Los lamentos de los romanos alcanzaban el cielo.

◇◇◇

El dolor por la trágica muerte de Remo le resultaba insoportable a Rómulo por las noches. En la oscuridad se le presentaba su rostro demudado y era como mirarse en el espejo del Tíber.

Aca Larencia le ponía una mano en el hombro y le ofrecía un brebaje para llamar al sueño. Ambos bebían sin hablar.

Al amanecer, se entregaba febrilmente a organizar el gobierno de Roma. Reflexionaba y actuaba sin concederse descanso ni tregua. En la cercana colina del Capitolio, que resguardaba por el noroeste el valle de los Bueyes, creó un asilo, un lugar donde ofrecía protección y plenos derechos a cuantas personas quisieran unirse a su nueva ciudad, cualquiera que fuera su origen o los errores que hubieran cometido en el pasado. A fin de debatir los asuntos de mayor importancia, instituyó el senado, compuesto íntegramente por los cabeza de familia, a los que llamó *patres*. Despachó después heraldos a muchas localidades vecinas, pues, careciendo Roma de mujeres en edad de darles hijos, necesitaban concertar matrimonios con jóvenes de otros pueblos. Mas nadie los aceptaba como maridos. Tenía Rómulo puesta su esperanza en dos ciudades próximas a Roma cuando llegó el último de sus mensajeros.

—Traigo la respuesta de las autoridades de Antemnas y de Crustumerio —le comunicó su enviado—. Rehúsan hacer con nosotros pactos matrimoniales.

—Y las razones serán las mismas que han alegado otros…

—Sí, que Roma es muy joven y no hay seguridad de que prospere. —El emisario abrió los brazos con desaliento.— No ha gustado que ofrecieras tu protección a todo aquel que decida unirse a nosotros. Se rumorea en los mercados y en los campos que los padres no quieren ver a sus hijas casadas con maleantes o con antiguos esclavos.

Asintió Rómulo pensativo y, tras autorizarlo a retirarse, salió a la puerta de su casa. Desde aquella cumbre se dominaba el tránsito de personas y carros por el vado del Tíber que comunicaba el Lacio con las tierras etruscas; estaban a la vista varios embarcaderos, utilizables unos u otros según el caudal del río. El camino Salario pasaba a sus pies. La suya era una posición estratégica envidiable, una potencial fuente de abundancia. En la actitud despectiva de sus vecinos adivinaba una desconfianza profunda, quizá un deseo no confesado de que la fundación fracasara y evitar así que Roma pudiera rivalizar con ellos. No se explicaba de otro modo la negativa unánime a concederles esposas.

Durante las jornadas siguientes anduvo taciturno. Caminaba en silencio por entre las cabañas y los apriscos de las ovejas, descendía a los valles y recorría antiquísimos caminos. Una mañana se acercó a la loma donde Remo había acudido a tomar los auspicios y, por primera vez, halló consuelo en el recuerdo de su hermano. «¿Qué habría hecho Remo?», se preguntó. Al día siguiente, mientras vagaba por el valle de Murcia, escenario de sus juveniles correrías, encontró la respuesta.

Convocó al senado y, ante los venerables *patres*, resumió la situación: todos los esfuerzos realizados hasta el momento para conseguir esposas habían fracasado, y, de no poner remedio a ese problema, Roma difícilmente lograría sobrevivir. La falta de sangre joven que tomara las riendas del futuro era una condena a muerte para cualquier ciudad.

—Debo deciros, sin embargo, que nada impedirá que nuestra ciudad crezca y prospere —aseguró con firmeza Rómulo—. Escuchad el plan que he concebido y, si os parece bien, con ayuda de los dioses lo llevaremos adelante.

5

La guerra y la paz

La arboleda y los bosquecillos de mirto y laurel al pie del farallón inexpugnable que era el Palatino rebosaban de gente. Familias enteras habían partido de sus pueblos al amanecer. Correteaban los niños por el valle, los siervos acarreaban agua del Tíber, el flujo de gente era incesante, pues se reencontraban parientes y amigos que vivían en diferentes pueblos, la mayoría de ellos en territorio sabino. Según la opinión general, había sido un gran acierto de Rómulo invitar a las poblaciones vecinas a celebrar con él y los suyos una gran fiesta en honor a Neptuno Ecuestre, pues era la mejor forma de dar a conocer su nueva ciudad y de establecer con sus invitados lazos de hospitalidad y de confianza mutua.

El propio Rómulo, con gran cordialidad, se acercaba a recibir a sus invitados. Ya desde lejos atraían la atención sus cabellos claros, su expresión sonriente y su apostura. Era un joven espléndido cuya autoridad quedaba subrayada por la actitud res-

petuosa de los ancianos que iban con él. A todos invitaba a subir a la cumbre por la escalera de Caco y a visitar la ciudad antes de las ceremonias y los juegos. Para los caballos que competirían en la gran carrera que se celebraría por la tarde, habían dispuesto un cercado provisto de agua y forraje en abundancia.

Un grupo de muchachas se había aproximado a la cerca y admiraba el ir y venir de los equinos. Casi todas aún llevaban en los cabellos las cintas de lana que indicaban su doncellez aunque, por su edad, no tardarían mucho en contraer matrimonio. Charlaban despreocupadas y alegres.

—Mirad aquel de allí —Hersilia señalaba a sus primas un ejemplar de pelaje cobrizo.

—Tiene las crines tan largas como tu cabello, Emilia —bromeó una de ellas, pues la aludida era famosa por su belleza y su alta estatura tanto como por su timidez—. Y casi tan rojo como el tuyo, Hersilia.

—¿Crees que ese caballo será el ganador? —La pregunta surgió, de repente, a sus espaldas.

Se volvieron con curiosidad y enseguida bajaron los ojos, avergonzadas al darse cuenta de que se trataba del rey de Roma, que había escuchado su conversación. No le pasó desapercibida a Hersilia ni la sonrisa de Rómulo ni su mirada, que parecía clavada en ella. Sus mejillas se arrebolaron y aún resultaban más graciosas por su semejanza con el colorido de sus trenzas anudadas sobre la cabeza. Ante la insistencia del monarca en que le contestase, se atrevió a responder:

—Ganará el que quieran los dioses.

—Eso pienso yo —Rómulo inclinó levemente la cabeza y se despidió, pues estaba a punto de empezar el sacrificio.

Hersilia lo observó con disimulo mientras él se dirigía hacia la esquina del Palatino más próxima al río, donde se había erigido un altar a propósito para la fiesta. Mientras el público se apartaba para dejar pasar a Rómulo, ella y sus primas, emocionadas por un encuentro tan inesperado, parloteaban animadamente sobre el asunto mientras regresaban junto a sus familias.

Hacia media tarde ya estaban colocadas en el valle de Murcia las estacas y las cuerdas que acotaban la pista por la cual correrían los caballos sin jinete. La expectación era enorme, se cruzaban amistosos pronósticos y apuestas, los romanos multiplicaban por todas partes su presencia, atentos a que sus invitados encontraran el lugar más apropiado para sus gustos. Algunos troncos colocados a ambos lados de la pista servían de bancos y casi todas las mujeres, entre ellas Hersilia, Emilia y sus parientes femeninas, decidieron sentarse. La mayoría de los hombres, en cambio, se encaramaron a las laderas que había cerca de la meta para ver la llegada. Los caballos, alineados ya en el punto de salida, pateaban, inquietos.

Cuando se dio la señal, los amos palmearon en el anca a sus caballos y estos partieron raudos. Los cascos levantaron una intensa polvareda. Uno de los animales trastabilló al chocar de costado con otro, mas consiguió equilibrarse; tomó la delantera un tordo que ya había ganado un par de veces. De las gargantas de los espectadores brotaban exclamaciones mientras estiraban los cuellos para ver por encima de la nube de polvo. En ese momento, Hersilia sintió que la agarraban por la espalda y tiraban de ella. Con un movimiento rápido, un hombretón se la cargó al hombro boca abajo, como si fuera el talego que un labrador lleva al mercado y, sujetándole las muñecas con una

manaza y las piernas con la otra, echó a correr. Hersilia levantaba cuanto podía la cabeza, gritaba y se agitaba inútilmente para soltarse. No era la única. Muchos hombres de Rómulo corrían delante de ella llevando a otras muchachas en volandas y subían a toda velocidad a la escarpada cumbre por la escalera de Caco. Los aullidos de pánico de las jóvenes se confundían con los gritos exaltados del público, que, ajeno a aquel drama, presenciaba la carrera. Chillaban sus madres pidiendo ayuda, pero el polvo, la confusión y la distancia a la que se encontraban sus maridos dificultaba que fueran oídas. Para cuando acabó la galopada y los hombres se dieron cuenta de que habían raptado a las muchachas, en el valle no quedaba ni un solo romano: estaban ya todos parapetados y armados con lanzas y escudos detrás de su muralla.

Mientras Hersilia y las demás mujeres lloraban y temblaban encerradas en las cabañas, en el valle de Murcia sus madres gemían y se desesperaban en vano. Caía la noche. Los padres, sorprendidos sin armas, levantaban los puños hacia Roma y exigían a gritos que les devolvieran a sus hijas. Acusaban a Rómulo de vulnerar las sagradas leyes de la hospitalidad, de ofender gravemente a los dioses por aquel engaño. Juraban que volverían para recuperar a sus hijas. Sin embargo, todas sus reclamaciones, amenazas e insultos eran respondidos desde la muralla con gritos de combate y entrechocar de armas.

◇◇◇

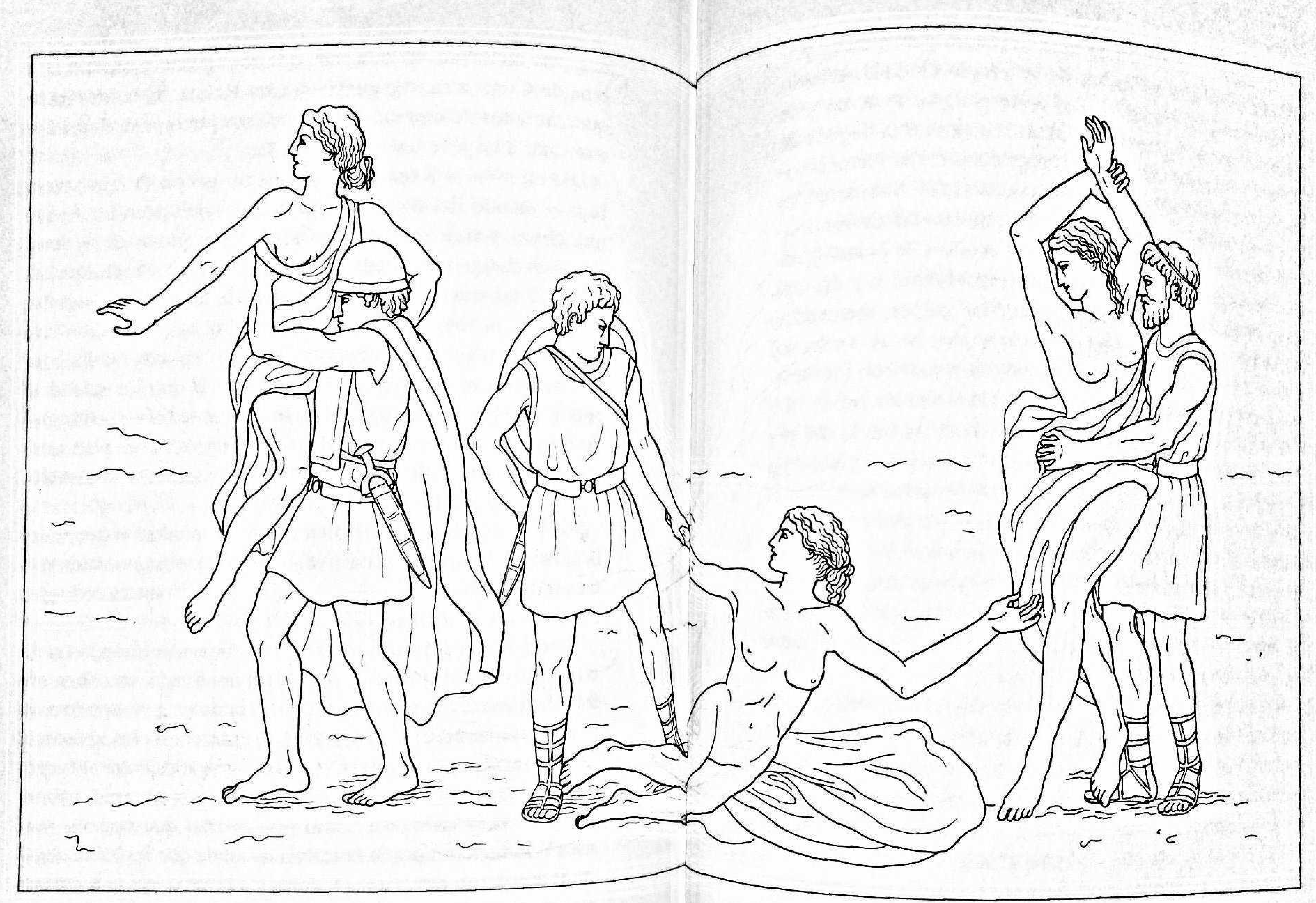
Una columna de humo alertó a los campesinos tres meses después. Surgía de entre las colinas situadas al nordeste, por donde el camino Salario conducía a la tierra de los sabinos y a algunos de los pueblos que, afectados por el rapto de las

mujeres, incitaban sin descanso a la más potente ciudad sabina de Cures a mover guerra contra Roma. Se rumoreaba que, cansados de esperar, alguno de esos pueblos se disponía a rescatar a las jóvenes por su cuenta.

Dieron aviso a Rómulo y pronto un grupo de guerreros bajo el mando del rey se dirigió al lugar del incendio. Ardía una choza y muchos hombres armados y provistos de teas prendían fuego a los prados; otros destrozaban a hachazos las ramas de los frutales y las arrojaban sobre las huertas antes de que sus compañeros les aplicaran el fuego. La devastación era intensa y brutal. Sin dejarse ver, Rómulo, en avanzadilla con dos de sus hombres de confianza, observó que los soldados enemigos eran habitantes de Cenina y que se habían entregado a su funesta tarea sin orden ni, al parecer, otro plan que causar el mayor daño posible. Estudió rápidamente el terreno y, retrocediendo, organizó a sus hombres.

—Tú y los que manejáis bien el arco os ocultaréis detrás de la cumbre de aquella loma —dijo a uno de sus generales, señalando un lateral del camino a Cenina—. Permaneced agachados hasta tener a los enemigos a tiro.

Esperó a que el grupo se hubiera emboscado. Luego, con el otro general y el grueso de sus hombres, formó una línea en forma de arco. De pronto, con un estruendo de gritos guerreros y un lanzamiento de armas, la hizo avanzar contra los agresores. Estos, tomados por sorpresa, se vieron atrapados entre el fuego que rugía a sus espaldas y las armas romanas, a las cuales habría de enfrentarse cada cual como pudiese. Así que optaron por huir. Y lo hicieron por la única vía de salida que les había dejado Rómulo: en dirección a Cenina y a la loma, desde la cual se abatió sobre ellos una lluvia inclemente de flechas.



Los hombres de Rómulo corrían llevando a las muchachas en volandas.

Los hombres que lograron salvarse fueron perseguidos por los romanos hasta los muros de su propia ciudad. Avisado el soberano de Cenina del inminente peligro, se armó y se situó delante de la puerta de la muralla a esperar la llegada de Rómulo. Este, enardecido por la persecución y la victoria sobre las tropas del rey Acrón, embistió contra él. Sobrecogidos por la violencia de ese combate y la importancia de los contenientes, los súbditos de ambos reyes dejaron de pelear y rodearon en círculo a aquellos dos monarcas fornidos y diestros en la lucha. Los observaron intercambiar golpes, retroceder, sustraerse a la espada enemiga, atacar y aturdir al contrario, chocar los escudos, hacer brotar la sangre, pelear con los dientes apretados... hasta que uno le robó al otro el aliento.

Derrumbada sobre el polvo, la juventud quebrada del rey Acrón movía a la clemencia y al duelo. Mas no hay piedad en la guerra: se reanudó la ofensiva y los romanos tomaron al asalto las murallas, apenas defendidas por un puñado de supervivientes. Hicieron prisioneros a los varones en edad de combatir y al resto de la población la dejaron libre.

—¡Sabed, ceninenses, que de nada sirve la ira si se carece de fuerza! —gritó Rómulo, aún jadeante, alzando los brazos en señal de victoria.

A continuación despojó de sus armas al rey vencido, las colgó de una rama gruesa y, con ella apoyada en el hombro, marchó hacia Roma a la cabeza de una comitiva triunfal.

Enarbolando aquel trofeo ascendió el rey de Roma, entre las aclamaciones de sus ciudadanos, hasta el Capitolio, una áspera colina rocosa que se erguía al lado del Palatino y en la cual había creado una ciudadela, un reducto de soldados, a fin de defender la ciudad y los valles desde sus alturas. Una

vez en su cumbre, apoyó la rama del trofeo contra el tronco de una encina sagrada para los pastores y, con la ayuda de un bastón, acotó sobre la tierra el recinto de un nuevo templo que dedicaría a Júpiter Feretrio.

—Gran Júpiter —proclamó Rómulo, y su voz se expandió sobre todo el territorio bajo su soberanía—, de ahora en adelante, el despojo de los reyes y generales enemigos de Roma muertos en batalla te serán ofrecidos por sus vencedores igual que hago yo ahora. Acéptalos con benevolencia.

◇◇◇

Niños y animales llenaban de alegría y movimiento la cumbre del Palatino. Los pequeños, sentados en corro al lado de las cercas, jugaban con piedrecillas o hacían tortas de barro. De vez en cuando una madre se asomaba a la puerta de su casa, echaba una ojeada y mantenía el orden; con pasos aún vacilantes, los mayores perseguían a los corderillos y se agarraban a sus mechones de lana, provocando un alboroto de gritos y balidos. Tiempo atrás, las muchachas raptadas habían aceptado la oferta de matrimonio de sus captores y las ceremonias se habían celebrado según los ritos propios del pueblo de origen de cada una. Crecía en paz Roma. Pese a todo, el aire primaveral de la mañana desencadenaba en las moradoras de las cabañas cierta inquietud. La naturaleza revivía por doquier: brotaba el forraje y en las ramas asomaban las primeras yemas, los vientres hinchados de las ovejas anunciaban próximos partos y prosperidad, pero con el buen tiempo empezaba también la estación de la guerra.

—¿No es demasiado temprano? —Hersilia apartó la piel que la cubría y se incorporó en el lecho. Sentado en un es-

cabel, Rómulo terminaba de calzarse las sandalias y se volvió al escucharla.

—Vamos a reforzar la muralla. —Desde el invierno se sabía, por los informadores, que el rey sabino de Cures preparaba una inminente ofensiva contra Roma—. ¿Has dormido bien?

—Sería mejor enviar embajadores a Tito Tacio. —Hersilia se acarició el vientre, pensativa, y se puso en pie con esfuerzo—. Ofrecedle dones o beneficios de alguna clase. Es ambicioso, lo conozco.

—Deja que de esos asuntos me ocupe yo. —Rómulo se acercó a ella y le besó los rojos cabellos—. Tú cuida de mi hijo.

Se trataba de una recomendación innecesaria, pues la mayor preocupación de las jóvenes sabinas era, precisamente, el futuro de sus hijos. Cada guerra, todas las guerras, incluso aquellas que se ganaban, traían su carga de dolor y de pérdidas. Para el huérfano, el plato de comida en la mesa, el techo y el fuego del hogar, la protección durante la infancia, los proporcionaba la familia, un sostén con el que solo algunas de ellas podían contar: las que procedían de Cenina, de Antemnas y de Crustumerio, pues tras haber sido derrotados estos pueblos en sucesivas guerras, las mujeres, por mediación de Hersilia, habían conseguido que Rómulo ofreciera a sus padres instalarse en Roma y gozar de los mismos derechos que los demás ciudadanos. El resto de matronas jóvenes, y eran muchas, no disponía de esa salvaguarda. La inquietud crecía en ellas a la misma velocidad que las praderas verdeaban.

—¡Ya está aquí el ejército sabino! ¡Viene al frente Tito Tacio! —Las mujeres salieron de sus casas al oír estas voces y a toda prisa cogieron en brazos a sus hijos, como si las solas palabras de advertencia se los pudieran arrebatar.

Hersilia detuvo al muchacho que recorría toda la cumbre dando la alarma.

—¿Lo sabe ya Rómulo? —preguntó.

—Sí, me ha mandado él. El rey de Cures y sus hombres han debido de marchar durante toda la noche, pues están acampados al pie del Capitolio. Los nuestros consolidan la muralla por esa parte.

Gimieron las matronas que, con Hersilia, se habían arremolinado en torno al joven heraldo. Los abuelos de sus hijos, armados, estaban ante las puertas de Roma.

∞

Desde la cima del Capitolio, Tarpeya contemplaba al ejército sabino espléndidamente armado, pues todos los escudos a la vista eran de bronce, no de madera, como era habitual en los guerreros salvo en aquellos de familias nobles. Sabía quiénes eran, pues no en vano su padre ejercía de comandante de la ciudadela romana y hablaba con sus soldados muchas veces sin que ninguno reparase en que ella escuchaba sus conversaciones. Era un ejército muy rico, a juzgar por los valiosos brazaletes de bronce que sus hombres llevaban en el brazo izquierdo. Constituirían un buen tesoro. El guerrero del yelmo con una larga crin de caballo debía ser el rey, Tito Tacio. Quizá le conviniese hablar con él.

Se alejó del parapeto, fue a buscar su cántaro y, sin advertir a nadie de su salida ni llamar la atención, descendió de la cumbre por una senda de cabras que concluía en una extensa llanura junto al río, en la vertiente contraria a los valles e invisible desde cualquiera de ellos. Rodeando el pie de la colina, se acercó sigilosamente hacia el extremo más

próximo al campamento sabino y esperó. Al rato vio aparecer un soldado enemigo, le hizo una seña para que se aproximara y le dio un recado: quería hablar con su rey de un asunto importante y secreto. Lo esperaría allí hasta una hora antes del mediodía.

Estaba a punto de marcharse cuando la crin del casco de Tito Tacio se agitó cerca de unas rocas. El monarca se aproximaba, pero ella lo detuvo con un gesto de la mano. Prefería mantener una distancia prudencial.

—Tengo una propuesta para ti —dijo sin más preámbulos—. Ya habrás visto que esta colina es inexpugnable. La escalera de roca que la une a los valles está constantemente vigilada y, además, solo puede subir o bajar una persona a la vez. Desde la ciudadela, que está ahí arriba, las flechas no te dejarán avanzar ni un solo paso.

—¿Me has hecho venir para darme una información tan evidente? —respondió con aspereza, aunque con cierto interés, el rey. Su interlocutora era una muchacha menuda que llevaba en el cabello la cinta de las jóvenes doncellas. No distinguía bien su rostro.

—Puedo llevarte hasta la cima por un camino secreto.

—¿A cambio de qué? ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—Solo pido que me des, a cambio, aquello que tú y tus hombres lleváis en el brazo izquierdo —murmuró Tarpeya ignorando el tono condescendiente del monarca—. En cuanto a si soy de fiar o no, lo tendrás que comprobar tú mismo. Al caer la noche, estaré aquí.

El resto del día lo pasó Tito Tacio valorando con sus oficiales qué le convenía hacer. Sus hombres volvieron a examinar la colina, que dominaba toda el área, sin encontrar trazas de

ese camino oculto. Por otra parte, los soldados de Rómulo los vigilaban continuamente desde la muralla y no tardarían mucho en atacar su campamento.

Con las primeras sombras, el rey sabino y un contingente de soldados salieron de sus tiendas y se deslizaron hacia la vertiente norte del Capitolio, fuera del control de los vigías enemigos. Tarpeya los esperaba. Se puso un dedo en los labios para pedir silencio y los condujo, entre las rocas, por una senda escabrosa y difícil. Llegados a la cima, los sabinos pasaron de largo por delante de ella, listos para sorprender a la guarnición de la ciudadela.

—¡Tito Tacio! —gritó Tarpeya—. Cumple lo que me has prometido.

El rey y algunos de sus hombres se volvieron hacia la joven.

—¡Aquí tienes tu recompensa! —replicó el monarca mientras él y sus soldados lanzaban en su dirección aquello que llevaban en el brazo izquierdo. Tarpeya, cruelmente herida por los golpes, quedó sepultada bajo los escudos de bronce.

◊◊◊

El siguiente amanecer alumbró, sobre la cima del Capitolio, las enseñas sabinas. Brutal fue el impacto que causó en los centinelas. Una rabia febril se apoderó de los soldados romanos. Quienes, diseminados por la colina, realizaban las labores usuales, irrumpieron en sus propios hogares para coger sus armas. Las mujeres lloraban, se agarraban en vano a las rodillas de sus maridos y les suplicaban que hablasen con los enemigos antes de combatir. Los ya armados llamaban a gritos a sus compañeros para que bajasen enseguida a la muralla. Al arrebatarles su bastión protector, el más importante de las defensas

de Roma, los sabinos adquirían una gran ventaja, una superioridad táctica crucial. Jamás la ciudad había estado sometida a una amenaza comparable.

A un grito de Rómulo, se abrieron los batientes de la puerta Mugonia, que daba paso al valle fangoso de los bueyes, y por ella salieron en tropel los guerreros romanos.

—Si queréis recuperar a vuestras mujeres, ¿a qué estáis esperando? —vociferaba Rómulo a los pies del Capitolio, enarbolando sus armas—. ¡Bajad a combatir al valle si sois hombres y no cabestros!

Su única esperanza era que las provocaciones surtieran efecto y que los sabinos abandonaran aquella posición inexpugnable. Tras desafiarlos con insultos y bravatas, los romanos consiguieron su propósito. El ejército de Tito Tacio formó sus filas al pie de aquella colina y se dispuso a atacar. Los hombres de Rómulo conocían el terreno como la palma de su mano y, fingiendo ceder, atraían a los sabinos a los lodazales, donde estos perdían el equilibrio o encontraban dificultades para avanzar, convirtiéndose en blanco fácil para los arqueros de Roma. Sin embargo, pronto se demostró que los más de dos años que había empleado Tito Tacio en preparar a su ejército no había sido tiempo perdido. Sus guerreros eran disciplinados además de valientes y aprendían de prisa, ya no caían en trampas fáciles. Presionaban duramente a los romanos y los hacían retroceder hacia el inicio del valle.

En lo más crudo de la batalla, una flecha impactó en el casco de Rómulo. La combinación del golpe y la ligera herida que le provocó lo dejaron sin sentido y quedó momentáneamente fuera de combate. Al recobrarse pudo comprobar que sus hombres, bajo el empuje de los sabinos y creyéndolo a él

herido de gravedad, comenzaban a abandonar el campo. Se dirigían en desorden hacia la puerta Mugonia a fin de refugiarse tras los muros de la ciudad.

—Júpiter Estator —murmuró entonces—, tú que detienes a los soldados en fuga, auxílianos. Haz que mis hombres regresen a la batalla y peleen con más ardor que nunca. Prometo dedicarte un templo a cambio de tu ayuda soberana.

Llamó con un potente silbido a sus guerreros y estos, reconociéndolo y avergonzándose de haber tratado de huir, volvieron al combate con tal ímpetu que en poco tiempo habían recuperado casi todo el terreno cedido.

◇◇◇

En la cima del Palatino la mañana había sido muy angustiosa. Tras sus inútiles súplicas para retener a sus maridos y obligarlos a parlamentar con los sabinos, las mujeres observaban los combates desde las alturas. La una, con un grito, reconocía a su padre; otra veía caer herido a un hermano y ni en el campo de batalla ni en todo el universo se hubieran encontrado corazones tan desgarrados como los suyos. No las aliviaba ni mesarse los cabellos, ni llorar, ni gritar con la esperanza de ser oídas. Sus vástagos gemían también, asustados por la desesperación materna aún sin entender las palabras quejumbrosas que pronunciaban sus madres.

—Venid —dijo Hersilia cogiendo de los hombros a unas y a otras y empujándolas suavemente hacia un punto donde pudieran hablar sin ver el valle donde sus familiares combatían—. Oídme todas. De poco nos vale lamentarnos, pues los hombres se ciegan cuando empuñan las armas y no atienden razones que no vayan dirigidas a acrecentar su

gloria y su honor. Aun cuando el motivo de la guerra sea justo, sus estragos son injustos y deplorables siempre.

Escuchándola hablar con tanto sentido y serenidad, las demás mujeres se contenían para estar a su altura. Los cabellos rojos de Hersilia, trenzados sobre su cabeza, destellaban al sol e infundían energía en sus corazones.

—Sea cual sea el resultado de este combate, nosotras perderemos si nos quedamos aquí, esperando a que la suerte de las armas decida nuestro destino y el de nuestros hijos, los ya nacidos y los que están por nacer —posó una mano en su voluminoso vientre y miró a los ojos de sus compañeras—. Por mi parte, prefiero correr riesgos antes que aceptar pasivamente el mal que se abate sobre nosotras. Os propongo una medida audaz.

◇◇

La batalla se había recrudecido en el centro del valle. Agotada la provisión de lanzas, se luchaba ferozmente, cuerpo a cuerpo, obligando a los arqueros de una y otra tropa a disparar sus flechas no hacia el centro de la refriega, por el peligro de matar a los soldados propios, sino en dirección al entorno para impedir que se sumaran más combatientes enemigos. El choque de los escudos, las exclamaciones de venganza y de ánimo, los lamentos de los heridos, reemplazaban a las pacíficas voces de la naturaleza que, hasta entonces, habían sido la gloria del aquel paraje. Rómulo, de nuevo en acción, buscaba entre las huestes al rey sabino Tito Tacio.

De pronto, los arqueros sabinos, cuyas flechas apuntaban hacia la puerta Mugonia de la muralla romana, dejaron de disparar y, poco a poco, bajaron los arcos. Un potente clamor

hizo volver las cabezas a sus oponentes romanos que, asombrados, hicieron lo mismo y se pusieron en pie. Por la falda de la colina del Palatino bajaban, tan deprisa como lo permitían sus hijos y su estado de gravidez, oleadas de mujeres. Las primeras, sin detenerse, atravesaron el vano de la puerta y siguieron corriendo. Los saeteros de ambos ejércitos formaron bocinas con sus manos para llamar la atención de sus colegas, pero era tal el estrépito en el corazón de la pugna que no eran oídos por nadie.

Avanzando por entre los escudos y las espadas, las jóvenes sabinas, con los cabellos sueltos y sus hijos en brazos, agarraban de las ropas a los combatientes y se interponían entre ellos, ceñían en un abrazo a los familiares que encontraban, llamaban a los guerreros a la razón.

—Si peleáis por nosotras —gritaban—, matadnos con nuestros hijos ahora mismo y poned fin a esta guerra.

Los soldados, impresionados por su coraje y temiendo herirlas, deponían las espadas y, poco a poco, se fueron apartando hasta dejarlas en medio de ambos ejércitos.

—¿No os parece que ya hemos sufrido bastante? —Sobre el silencio se alzaba la voz de Hersilia—. Decidnos, ¿qué mal os hemos hecho? —Su rostro firme, su vientre abultado y su porte sereno la investían de una gran autoridad. Miraba a izquierda y a derecha, pues romanos y sabinos se habían alineado frente a frente.

—A vosotros —se dirigió a los romanos—, que nos arrancasteis de nuestras familias por la fuerza, os hemos dado hijos y compartimos en paz y armonía el fuego del hogar. Os queremos como maridos y os procuramos el mayor bien. En cuanto a vosotros, amados padres y hermanos —dijo volviendo la mi-

rada hacia los sabinos—, después de habernos abandonado a nuestra suerte durante tanto tiempo, ¿os presentáis ahora para dejarnos viudas a nosotras y, a nuestros hijos, huérfanos? ¡Basta de enemistad y de guerra! Reparad en que, por nuestra causa, ya no sois enemigos, sino yernos y suegros, sois parientes.

Guardaban los hombres silencio, con las miradas gachas. Entonces una joven, con su hijito en brazos, se acercó a su padre y le dijo:

—Mira, este es tu nieto. Se parece mucho a ti. —Y tendiendo el brazo que le quedaba libre hacia su marido, lo llamaba con gestos.

Salió este, por fin, de entre las filas romanas y se acercó a su familia. Pronto cundió el ejemplo. En torno a las matronas se fueron reuniendo sus padres y sus maridos, sus hermanos y otros parientes que habían estado dispuestos a perder la vida con tal de recuperarlas, igual que sus esposos habían peleado para conservarlas.

Rómulo se acercó a Hersilia y, henchido de orgullo y de amor, le besó ambas manos. Ella sonreía y, con una pizca de humor, instó a su padre a saludar sin miedo a su yerno asegurándole que también los reyes eran mortales. Rieron ambos y se abrazaron. Disuelto ya el clima de hostilidad, Rómulo creyó llegado el momento de invitar a todos a entrar en Roma y visitar sus casas. Por su parte, quería retirarse a un lugar tranquilo con el rey Tito Tacio a fin de estipular las condiciones de la paz.

Al cabo de dos jornadas, sus respectivos reyes convocaron conjuntamente a romanos y sabinos en la plaza donde se hallaba el altar con el fuego perenne, símbolo de la comunidad cívica.

—¡Romanos! —Rómulo se había vestido de nuevo con su toga ceremonial—. En este mismo lugar donde hace tres años fundamos Roma y proclamamos su nombre, os anuncio que nuestra ciudad va a enriquecerse con nueva población. Aquellos sabinos que quieran compartir su vida con nosotros, gozarán de nuestros mismos derechos y ciudadanía y podrán instalarse en la colina del Capitolio. Y para demostrar la lealtad que presidirá nuestras relaciones y el compromiso profundo que significa este pacto, la ciudad estará gobernada conjuntamente por dos reyes, Tito Tacio y yo mismo, con iguales poderes e idéntica dignidad real.

Estas palabras fueron acogidas con grandes muestras de júbilo y satisfacción. Hubo lágrimas y abrazos, discursos de los senadores y de los sabinos. Se acababa de restablecer entre aquellos dos pueblos una paz duradera, una alianza fraterna como la que habían disfrutado Rómulo y Remo mientras reinó entre ellos la armonía.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Hijos de Marte, el dios romano de la guerra, y descendientes de Eneas, uno de los héroes que habían combatido en Troya, los gemelos Rómulo y Remo son los protagonistas de la historia de la fundación de una ciudad llamada a dominar el mundo, Roma. Su mito, forjado a partir de elementos diversos, tanto griegos como itálicos, acabó imponiéndose a otros y aceptado como un hecho histórico.

Los antiguos romanos no albergaban duda alguna de que su ciudad, la capital de un imperio que se extendía desde la península ibérica hasta el levante oriental, desde las islas británicas hasta Egipto, había sido fundada el 21 de abril del año 753 a. C. por los gemelos Rómulo y Remo. Y no solo ellos lo creían así. Cualquier viajero que llegara a la Urbe podía igualmente atestiguarlo visitando algunos de los lugares relacionados con estos dos hermanos: la cueva Lupercal, donde la loba que amamantó a los hijos de Rea Silvia tenía su guarida; el Ficus Ruminalis, es decir, la higuera en la que se detuvo la cesta dejada a la deriva en el Tíber para que los niños se ahogaran, y, muy especialmente, la llamada «cabaña de Rómulo», una humildísima choza de palos, cañas y paja en la colina del Palatino, en la que se suponía que los hermanos habían vivido durante su infancia. Era tal la devoción de los romanos por esta reliquia que periódicamente la restauraban para mantenerla en perfecto estado. De este modo consiguió sobrevivir hasta al menos el siglo IV d. C.

MITO NO, HISTORIA

Rómulo y Remo no eran, pues, mito o leyenda, sino historia, y como tal sus hechos debían ser narrados en obras históricas y no mitográficas. Una prueba de ello es el espacio que les dedica uno de los manuales de mitología más importantes de principios de la era imperial, las *Fábulas* de Cayo Julio Higinio (64 a.C.-17 d.C.): apenas una línea del capítulo CCLII, titulado «Los que fueron alimentados con leche de animales salvajes», en la que se lee: «Rómulo y Remo, hijos de Marte y de Ilía, por una loba». Nada más.

Todo lo contrario sucede con los historiadores. El relato más importante es el que hizo el latino Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.) en el primer libro de los 142 de que consta su monumental *Historia de Roma*. En él, la leyenda de Rómulo y Remo es tratada como un hecho histórico, lo que obliga al autor a buscar una interpretación racional de sus episodios más fabulosos. Así, se lee que la vestal Rea Silvia probablemente declaró que el dios Marte era el padre de sus hijos ya por creerlo realmente así o porque siempre era más decoroso cargar las culpas de su deshonra a un dios que a un vulgar mortal. O que la loba que rescató a Rómulo y Remo fue en realidad una mujer, Aca Larencia, que se dedicaba o se había dedicado a la prostitución, por lo que los pastores de la zona la llamaban *lupa* («loba» en latín; todavía hoy, en castellano, un lupanar designa un burdel). La presunta subida a los cielos en vida de Rómulo y su transfiguración como el dios Quirino tampoco escapó a la atención del escéptico Tito Livio, quien prudentemente escribió: «Creo que también hubo entonces algunos que dijeran en privado que al rey lo habían despedazado los senadores con sus propias manos; en efecto también cundió este rumor, pero muy oscuro». Los griegos Dionisio de Halicarnaso (60-7 a.C.), en su *Historia antigua de Roma*,

y Plutarco (45-120 d.C.), en la biografía que trazó de Rómulo en sus *Vidas paralelas*, se sitúan en esta misma línea de tratar la leyenda como materia histórica.

UN MITO CON MUCHAS CARAS

¿Hay que deducir de esto que Rómulo y Remo existieron y que fueron los fundadores de Roma? Pues, a pesar de los esfuerzos de los historiadores antiguos, tanto los personajes como el hecho que les dio fama inmortal pertenecen al ámbito del mito. Y no a un mito cualquiera, sino a uno especialmente complejo y desconcertante, que recoge y mezcla tradiciones muy distintas, de procedencia griega las unas (como la violación de una doncella por parte de un dios, el abandono de un recién nacido que constituye un peligro para su familia o el fratricidio), e itálica las otras (como el caso de la loba, un animal asociado al dios Marte, o del ritual de fundación de una ciudad).

En realidad, el de Rómulo y Remo ni siquiera es el único mito referido a la fundación de Roma. Así, hay una tradición que otorga la paternidad de la ciudad a Romo, hijo de Ulises y de la maga Circe, lo que era tanto como decir que Roma había sido fundada por griegos. Y otra que concedía todo el protagonismo al héroe troyano Eneas, a quien los dioses habrían profetizado que sería el fundador de una nueva Troya que dominaría el mundo. En las versiones más antiguas del mito, Rómulo y Remo aparecen como sus hijos o nietos, pero eso planteaba irresolubles conflictos cronológicos: ¿cómo alguien que había luchado en la guerra de Troya, que según los cronógrafos antiguos tuvo lugar el 1184 a.C., pudo ser abuelo de quienes fundaron Roma el 753 a.C.? De la necesidad de

explicar ese salto temporal surgió, probablemente hacia el siglo IV a.C., una nueva versión, por la cual Eneas fundó la ciudad de Lavinio, y su hijo Ascanio, la de Alba Longa, en la que su linaje reinó durante siglos hasta el gobierno de Numitor y Amulio. Esta es la que recogen Tito Livio y todos los historiadores posteriores a él.

Pero ni siquiera a partir de ese momento hubo una única versión, sino docenas de ellas, cuyos detalles son en muchas ocasiones contradictorios o directamente incompatibles. Ello se aprecia sobre todo en las distintas narraciones de la muerte de Remo. Tal y como la explica Tito Livio, es Rómulo quien mata a Remo cuando este salta el surco que marca el trazado de lo que será la muralla de Roma, tras haberle advertido de que nadie debía llevar a cabo tal osadía. Otros autores, sin embargo, como Dionisio de Halicarnaso, refieren que la disputa entre los hermanos por el poder degeneró en una refriega entre sus respectivos partidarios, en la que cayó mortalmente herido Remo: «Remo murió en la batalla y Rómulo consiguió una tristísima victoria por la muerte de su hermano y la matanza mutua de ciudadanos». Y ahí no acaba todo: este mismo historiador, al igual que Plutarco, recoge también la versión del salto de la muralla, pero adjudicando el asesinato de Remo a un tal Céler, un personaje inventado tardíamente para librar a Rómulo de la culpa de un crimen tan moralmente incómodo como el del fratricidio.

De lo que no cabe duda es de que los romanos encontraban en esta historia de dos hermanos recogidos por una loba la esencia de lo que eran y de lo que querían ser. En este sentido, no se trata tanto del mito fundacional de un estado llamado a dominar el mundo como de la proyección que ese mismo estado hace de sí mismo hacia el pasado, de ahí que las andanzas de Rómulo y Remo puedan verse como un revelador compendio de las grandezas y

miserias, virtudes y vicios, de la Roma republicana e imperial. Todo eso queda aquí plasmado: por ejemplo, el asesinato político como solución ante la tensión entre un caudillo carismático y la institución del Senado; la concepción de Roma como un estado beligerante (¿acaso Marte no es el padre de los fundadores?), pero cuyas guerras siempre responden a la agresión de los otros (en este sentido, serían «guerras justas»), o el fenómeno recurrente de la guerra civil, simbolizado por el fratricidio, y que bien supo ver el poeta latino Horacio (65-8 a.C.) en su Epodo VII: «Es cierto: un amargo sino y fratricida sigue a los romanos desde que fluyó inocente la sangre de Remo, maldición para sus nietos».

Ironías del destino, un Rómulo fundó Roma y un Rómulo la vio caer: en el año 476, un emperador de tan solo trece años fue obligado a abdicar por el rey de los hérulos, Odoacro. Se llamaba Rómulo Augústulo, «el pequeño Augusto». Tan poca cosa era, que ni se dignaron a matarlo.

LA FASCINACIÓN DE OVIDIO

Como se ha visto, en la Antigüedad la leyenda de Rómulo y Remo fue materia más de historiadores que de poetas. No obstante, hay una valiosa excepción, la de Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.), uno de los mayores vates latinos que vinieron el momento en que Roma dejó de ser una República para convertirse en un Imperio universal gracias a Augusto. En sus obras, Ovidio incentivó el tono melodramático y fantástico de los principales episodios de la leyenda. Así, en *Fastos*, un extenso poema dedicado a las grandes celebraciones del calendario romano, rememoró cómo los gemelos fueron alimentados por la loba: «¿Quién puede creer que el

El nombre de la Ciudad Eterna

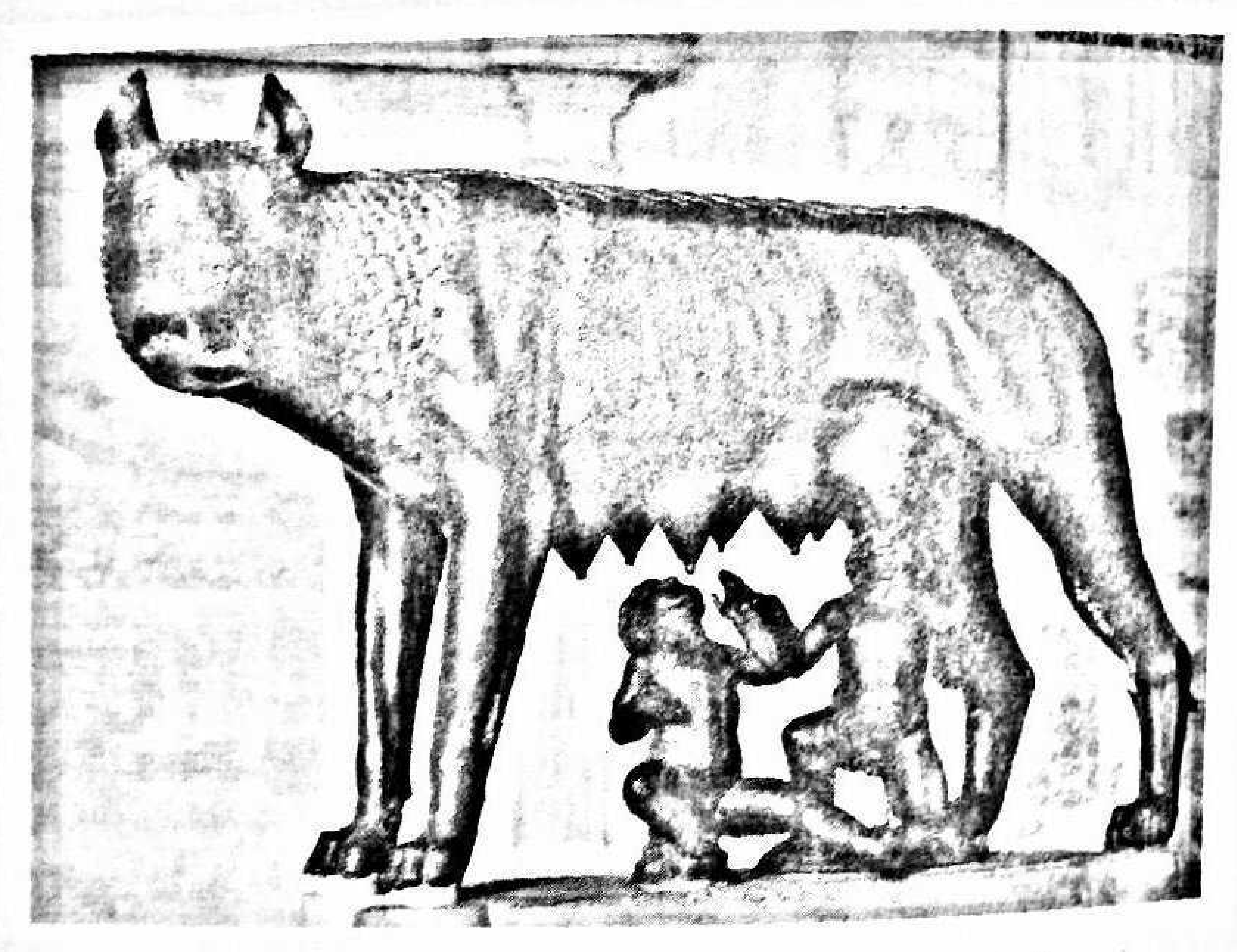
Por la semejanza de los nombres, podría parecer lógico que el de Roma derivara del de sus míticos fundadores, Rómulo y Remo. Así lo afirma, por ejemplo, Dionisio de Halicarnaso: «Rómulo se convirtió en fundador de la ciudad, a la que denominó a partir de su propio nombre». La cuestión, sin embargo, no es tan fácil, como ya apreciaron los autores de la Antigüedad que trataron el tema de los orígenes de la Ciudad Eterna. Uno de ellos fue Plutarco, quien abrió su biografía de Rómulo precisamente incidiendo en la falta de acuerdo en todo lo referido al nombre de la que era la capital del mundo. En realidad, las distintas posturas pueden resumirse en dos, que a su vez no hacen sino reflejar los orígenes griego e itálico de la leyenda de los fundadores. Si la etimología latina hace derivar el nombre de Roma de Rómulo, la helena es más compleja, pues aunque los autores que defienden esta interpretación coinciden en que Roma deriva del griego *rhome*, que significa «fuerza», «pujanza», «vigor» (conceptos que bien se adecuan a la Urbe), discrepan en cómo el término llegó a bautizar a la ciudad. Hay versiones para todos los gustos, desde que ese fue el nombre que unos emigrantes griegos establecidos en el Lacio pusieron a su asentamiento por su «pujanza» con las armas, hasta que fue en recuerdo de una mujer troyana, Rhome, responsable de que los suyos se quedaran en Italia al quemar las naves que los transportaban, o de otra Rhome nieta de Hércules que se casó con Eneas o con el hijo de este, Ascanio. Incluso también pudiera ser de un tal Romo, hijo de Ulises y la maga Circe.

animal no hizo daño a los niños? No hacer daño es poco, incluso les hace un beneficio: ¡a quienes la loba alimenta unas manos parientes fueron capaces de intentar perderlos! Se paró, y con el rabo acariciaba a las tiernas crías, y con la lengua lamía la figura de los dos cuerpos. Podría conocerse que eran hijos de Marte: no tuvieron temor». O recreó cómo la sombra ensangrentada de Remo se aparece a Fáustulo y Aca Laurencia diciéndoles: «Aquí me tenéis, a mí, que era la mitad, la justa mitad de vuestros desvelos; ¡mirad cómo estoy, tan distinto de cómo era hace poco! (...) Mi hermano no ha querido esto, él me tiene amor, que yo correspondo». En otro poema ovidiano, *Metamorfosis*, se describe cómo el cuerpo mortal del fundador de Roma «se desvaneció por entre las tenues brisas, como la bala de plomo lanzada por ancha honda suele derretirse en mitad del cielo; en su lugar, una hermosa figura, más digna de los banquetes celestiales, cual la imagen de Quirino revestido de la trábea».

En contraste con los acentos épicos y trascendentales de estos versos, un Ovidio más frívolo asoma en *El arte de amar*, en cuyo libro primero, entre los consejos que dirige a sus lectores varones sobre los mejores lugares donde buscar amores, intercala a modo de ejemplo su propia versión del rapto de las sabinas, que para él tuvo lugar en un teatro: «Llevan a rastras a las jóvenes raptadas, botín nupcial, y el temor mismo tuvo el poder de hacer hermosas a muchas. Si alguna se revolvía más de la cuenta contra su acompañante y lo rechazaba, el hombre la levantaba y la llevaba en sus brazos apasionados, diciéndole así: '¿Por qué afeas con lágrimas tus ojos delicados? Lo que tu padre es para tu madre, eso seré yo para ti'». Y concluye con cierta nota melancólica: «Rómulo, tú fuiste el único que supiste dar placeres a los soldados: si tales placeres me dieras, me haría soldado».

LA LOBA, SÍMBOLO DE ROMA

El ejemplo de Ovidio apenas tuvo continuadores en tiempos más modernos, cuando la leyenda volvió a ser tema más de historiadores que de literatos. Sin duda, la obra plástica más emblemática es la estatua de bronce conocida como la *Loba Capitolina*, todavía hoy emblema de la Ciudad Eterna. No obstante, se trata de una pieza problemática, pues aunque tradicionalmente se ha considerado un trabajo etrusco datado hacia el año 600 a. C., estudios recientes la consideran muy posterior, de época medieval.



Tradicionalmente, la Loba Capitolina *(Museos Capitolinos de Roma) ha sido considerada una obra etrusca, si bien los últimos análisis realizados con radiocarbono indican que data del siglo XIII. Las figuras de los gemelos se le añadieron en la segunda mitad del siglo XV y son, probablemente, obra del taller del florentino Antonio del Pollaiolo (h. 1431-1498).*

Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de que este motivo fue tratado ampliamente en la Antigüedad, pues, además de en monedas, aparece también en esculturas, como una estatua alegórica del río Tíber, del siglo I d. C. (Museo del Louvre de París), o en el altar de Venus y Marte, un trabajo en mármol de principios del siglo II d. C. (Museo del Palazzo Massimo alle Terme de Roma).

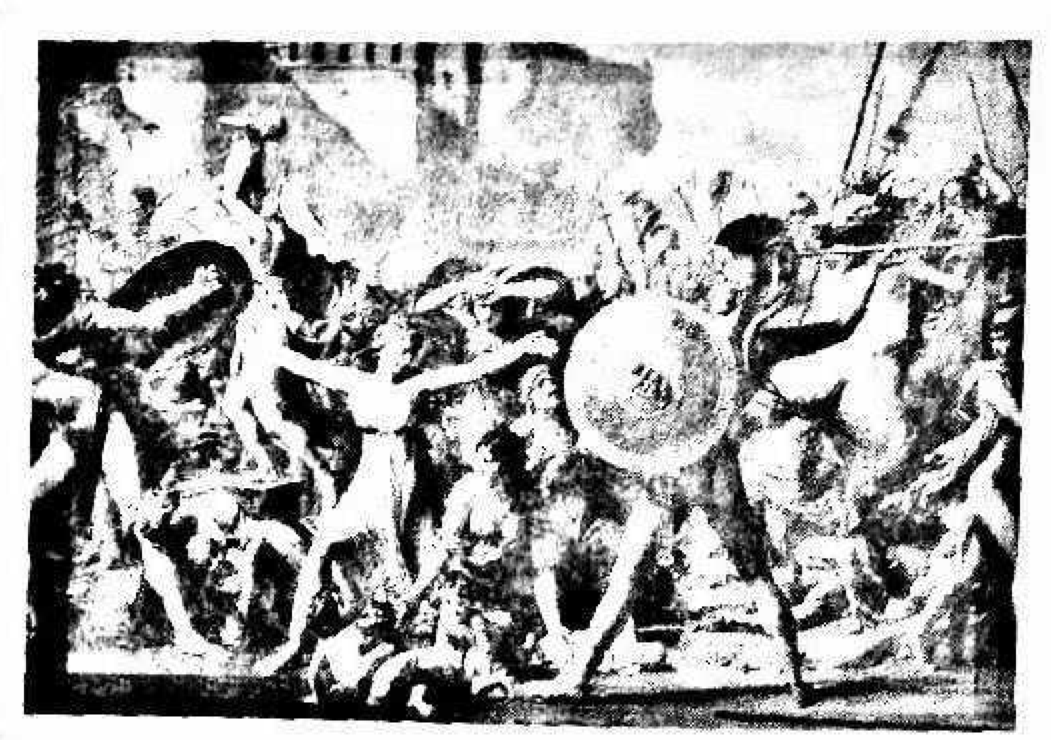
La leyenda de Rómulo y Remo conoció un nuevo impulso a partir del Renacimiento. Fue entonces cuando los Carracci, los hermanos Agostino (1557-1602) y Annibale (1560-1609), y su primo Ludovico (1555-1619), pintaron una serie de frescos sobre los orígenes de Roma para el romano Palazzo Magnani. Los gemelos y la loba, Remo encadenado en presencia de Amulio, Rómulo trazando el surco de lo que sería Roma, el rapto de las sabinas y la aparición del divinizado Rómulo a Julio Próculo son algunos de los episodios tratados por estos pintores con un estilo que revela un profundo conocimiento del arte clásico grecorromano.

Aunque no de manera tan exhaustiva, otros artistas abordaron también esta temática. Uno de los más prolíficos fue el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640): si su *Marte y Rea Silvia* capta el instante previo a la violación de la vestal por el dios, su *Rómulo y Remo* muestra de manera teatral el momento en que el pastor Fáustulo encuentra a los gemelos con la loba. Por otra parte, el italiano Pietro da Cortona (1596-1669) presenta en *Rómulo y Remo recogidos por Fáustulo*, una escena posterior, la de la entrega de los niños a Aca Larencia. Y el italiano Mariano Rossi (1731-1807): entre 1775 y 1779, dedicó el fresco del techo del gran salón de la Villa Borghese de Roma a la apoteosis de Rómulo, su ascensión y su transfiguración como dios, en un alarde de teatralidad rococó.

Mas, sin duda, el tema que más ha encendido la imaginación de los artistas ha sido el del rapto de las sabinas. Dramatismo, violencia y pasión se dan cita en las representaciones de pintores como los

mencionados Rubens y Pietro da Cortona, en las de los italianos Luca Giordano (1634-1705), Sebastiano Ricci (1659-1734) y Giambattista Tiepolo (1696-1770), o en las de los franceses Nicolas Poussin (1594-1665), Jacques-Louis David (1748-1825) y Eugène Delacroix (1798-1863), sin olvidar al escultor italiano Giambologna (1529-1608), cuyas figuras entrelazadas suponen la culminación de la artificiosidad manierista. Ya en el siglo xx, el español Pablo Picasso (1881-1973) partió de la interpretación dada por Poussin y David para ofrecer su propia versión de esta escena en una serie de pinturas y dibujos con los que quiso denunciar el clima de angustia generado en 1962 por la crisis de los misiles cubanos, uno de los episodios más tensos de la Guerra Fría.





Dos visiones del rapto de las sabinas: arriba, la del barroco Nicolas Poussin (Metropolitan Museum de Nueva York), en la que el hieratismo de un Rómulo convertido en espectador contrasta con el tumulto de la masa; abajo, la del neoclásico Jacques-Louis David (Museo del Louvre de París), con sus guerreros tomados directamente de la escultura griega más que de la romana. No obstante, el elemento principal es la figura de Hersilia, símbolo de paz y reconciliación.

DEL PÉPLUM AL MUSICAL

Las adaptaciones musicales del mito son escasas y, por lo general, poco relevantes. Así, un género como la ópera seria italiana, caracterizado por sus argumentos extraídos de la mitología y la historia grecorromanas y, a nivel musical, por sus brillantes arias para lucimiento de los cantantes, apenas mostró interés por esta historia. Una excepción la constituye *Rómulo y Hersilia*, un libreto del poeta italiano Pietro Metastasio (1698-1782) al que pusieron música el alemán Johann Adolph Hasse (1699-1783) y el checo Josef Mysliveček (1737-1781).

Más relieve ha tenido la historia de los gemelos en el cine, ya desde 1910, cuando el italiano Ugo Falena (1875-1931) realizó *El rapto de las sabinas*. A esta obra pionera le siguieron en la década de 1960 otras que bien pueden adscribirse al péplum. *Rómulo y Remo*, del italiano Sergio Corbucci (1927-1990), y *El rapto de las sabinas*, del francés Richard Pottier (1906-1994), ambas de 1961, son dos muestras de este género cinematográfico caracterizado por buscar sus temas en la Antigüedad grecorromana, pero también por incidir más en el componente aventurero y exótico que por atender a la fidelidad histórica.

Mucho más original es *Siete novias para siete hermanos*, filme dirigido en 1954 por el estadounidense Stanley Donen (n. 1924). Ambientado en el Oeste americano, trata de las aventuras de siete hermanos, que viven aislados en la montaña, por hacerse con una esposa. La lectura en Plutarco de cómo los romanos solucionaron esa misma cuestión les lleva a emularlos. Con música de Gene de Paul (1919-1988) y vistosas coreografías de Michael Kidd (1915-2007), esta película es todo un clásico de la comedia musical.

Índice

1 · Sacrilegio 11
2 · Revelación 27
3 · Hacia los orígenes 47
4 · Una ciudad nace 65
5 · La guerra y la paz 85

La pervivencia del mito 105